

La Ilustración Artística

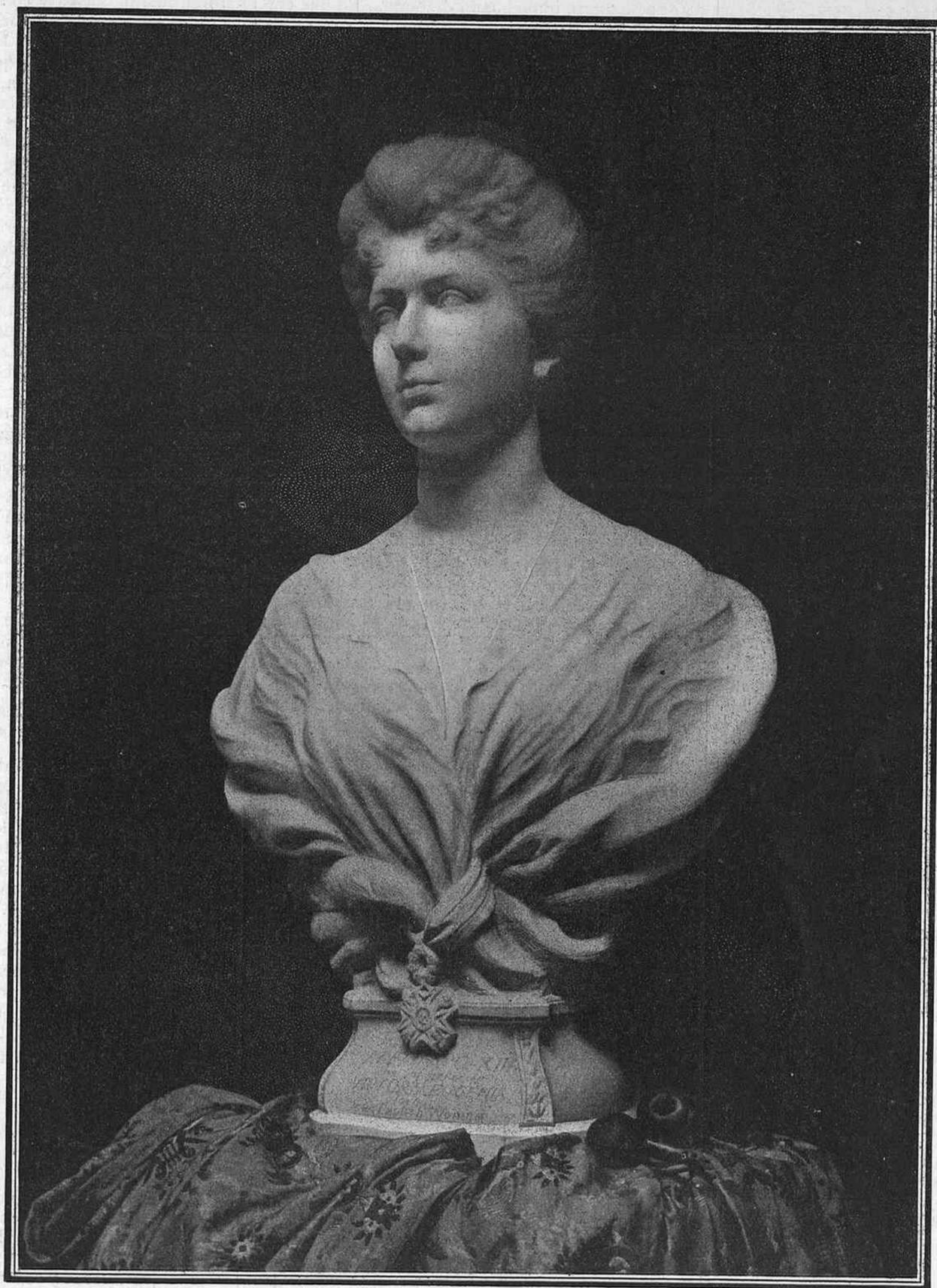


Año XXVI

← BARCELONA 25 DE MARZO DE 1907 →

Núm. 1.317

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



S. M. LA REINA VICTORIA, busto en mármol de Conrado Dressler
(De fotografía de Halfone, limited.)

Este busto, ejecutado por encargo de cuarenta señoras inglesas, que lo regalan á S. M. el rey D. Alfonso XIII, como presente de boda, ha sido entregado oficialmente al embajador de España en Londres, quien lo recibió en nombre del monarca

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie del presente año, que será la novela

LUZ Y SOMBRAS

original del famoso escritor inglés lord Bulwer-Lytton.

Es una obra que no dudamos será acogida con verdadero entusiasmo, porque se trata de una novela de acción interesantísima, llena de emocionantes episodios, y en la que al profundo espíritu de observación y al perfecto conocimiento del corazón humano, hermánanse la verdad y el vigor con que el autor traza los caracteres de sus personajes y la maestría con que describe el medio en que éstos se mueven.

La novela ha sido traducida del inglés por D. Pelayo Vizueté é ilustrada por Calderé.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Siempre tarde. Pasaje novelesco en tres jornadas*, por F. Muñoz Dueñas. — *Casimiro Perier, ex presidente de la República Francesa*. — *Tolón. La catástrofe del acorazado francés «Jena»*. — *Fiesta de la Colombiada en el Tibidabo*. — *Marcelino Berthelot*. — *Noticias necrológicas*. — *Problema de ajedrez*. — *El miedo á la vida*, novela ilustrada (continuación). — *El cable de Barcelona á Palma de Mallorca*. — *El abuso del te*. — *Banquete á Querol*. — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.—*S. M. la reina Victoria*, busto en mármol de Conrado Dressler. — Dibujos de Opisso que ilustran el pasaje novelesco *Siempre tarde*. — *Jesús y Nicodemo*, cuadro de Guillermo Steinhausen. — *La Crucifixión. El Descendimiento de la cruz. La Resurrección*, tríptico del pintor van der Weyden. — *Casimiro Perier*. — *Entierro de Casimiro Perier*. — *M. Loubet ante el féretro de Casimiro Perier*. — Seis grabados que reproducen varias vistas fotográficas de la catástrofe del acorazado francés *Jena* en Tolón. — *Barcelona. Fiesta organizada por la Real Sociedad Colombiada de Cataluña y celebrada en el Tibidabo*. — *El eminente químico francés Marcelino Berthelot*. — *Tendido del cable de Barcelona á Palma de Mallorca* (tres reproducciones fotográficas). — *Barcelona. Banquete en honor de D. Agustín Querol*. — *Monumento á Mozart, inaugurado en Dresde*, obra de Armando Hasacus.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He aquí, sobre mi mesa, un libro que el autor me envía, no sin anunciarme antes que me aburrirá su lectura. Yo (por el contrario) lo hojeo con interés de curiosidad viva, pues trata de «torneos, jinetes, raptos y desafíos», y encuentro en él datos acerca del origen tradicional de nuestras actuales ideas respecto al honor social caballeresco. El autor de este interesante opúsculo, primorosamente impreso, es mi erudito amigo D. Enrique de Leguina, barón de la Vega de Hoz.

* * *

El solo nombre de *torneos* suscita ideas poéticas y hace entrever un mundo heroico y despreciador de la vida. Por eso, nos dice Leguina, la época más floreciente de los torneos fué la de las Cruzadas. El torneo era una *muestra*, un simulacro; el batallar incansable en los campos y en los desiertos de Siria y Palestina, se remedaba y ensayaba jugando en el cerrado palenque. Era el recinto del torneo el sitio donde se lucían y ostentaban las galas y bizarrías bélicas: allí las armas blancas listadas de oro, las sobrevestas de recamo, los ricos jaeces, las elegancias afeminadas del vestir de los pajecillos; allí las rizadas plumas, las ondeantes garzotas, las armaduras prolijamente realzadas, las bandas bordadas y los relucientes yelmos. Tan roto y empolvado como va el campeador en días de batalla, tan pulido y galán se muestra en el torneo, bajo los ojos de la mujer que ha de juzgar de su valor y discernirle el lauro y la recompensa.

En los torneos, las armas usadas eran *cortesés*; es decir, no herían: las espadas tenían la punta roma. Sin embargo, cuando no se trataba de justar, parecer y lucirse, sino de algún empeño de honra—como la vindicación de Elsa de Brabante,—el torneo se convertía en liza, y las armas llamábanse de muerte.

De estos torneos encontraremos hoy vestigios y reminiscencias en los *sports*: los *campeonatos* tienen

algo de ancestral. Cuando llega un célebre esgrimidor ó un eminente deportista extranjero á medirse con los de otra tierra y país, recuerda á los caballeros que iban á reinos extraños á probar las armas con otros justadores; los Guevaras, los Merlos, que llevaron á las ciudades de Austria y de Alemania en triunfo la bizarría española y portuguesa.

Las mismas discusiones y controversias que hoy suscitan los duelos, suscitaron los torneos; el primer soberano español que no fué un paladín, sino un gollilla—Felipe II,—les hizo cruda guerra y puso empeño en dar al traste con tan preciosa costumbre gótica. La decadencia de los torneos fué la decadencia de la Edad media, la desaparición del tipo guerrero y noble del período feudal. Al través de las edades, el gallardo justador, que era un monarca como don Pedro de Castilla, ó un valido arrogante como don Alvaro de Luna ó D. Beltrán de la Cueva, ha venido á parar en nuestro actual y asendereado *Caballero en plaza*, en el jinete jugador de sortija, en las parodias de los *carruseles*, ornato de las fiestas patronales...

Cuando á la justa entre caballero y caballero substituyó el ejercicio del deporte á la jineta y la lucha con el toro, recibió otro golpe rudo el nobilísimo tornear andantesco, impregnado de poesía. Lo que empezó por valentía de magnates, el esperar el toro á pie firme, para atacarle con la espada, de frente y sin miedo en el impávido corazón, había de convertirse andando el tiempo en «el espectáculo más nacional» y en el oficio mejor pagado de cuantos pueden ejercerse por gente inculta, que sale del pueblo y que en el aplauso popular funda sus glorias y su provecho. ¿Podrían imaginarse, presentir esta evolución los Manriques de Lara, los Céspedes, los Béjar, los Heredia, los Granada, matadores de toros allá por los siglos XVI y XVII? He aquí cómo se transforman los usos, las costumbres, cómo pierden la idea originaria, el espíritu que las animó y creó, hasta el punto de que no las reconocerían los que las implantaron. Una gallardía caballeresca se convierte en una democrática diversión; los próceres y magnates son reemplazados por cortadores, tripicalleros y manolos; lo que se hacía de balde y arriesgando la vida con gusto desdeñoso, se hace por billetes de Banco; á las cornadas de la valentía artística suceden las «cornadas del hambre...» Cambian las edades, las instituciones, los ideales, y el modo y la causa de la muerte de un toro simboliza ese cambio, en su esencia histórica...

* * *

Respecto al duelo, es curiosa una de las opiniones acerca de su origen que recoge el libro á que me refiero... Supone que el primer duelista y *rieptador* fué el propio Satanás, desafiando á Dios. El ángel, al hacerse duelista, «se pasó á demonio.» No faltó tampoco quien viese al padre de los retadores en Caín, y con mayor fundamento, encontrase el primer «lanche de honor» en la singular batalla entre el gigante Goliath y David el hondero.

Sea como quiera, parece que la del duelo no es moderna invención. Cuando entre dos individuos surgieron cuestiones imposibles de dilucidar en otra forma, la lucha fué la solución. A veces los individuos se encargaron de representar á las colectividades; un encuentro entre dos ó más campeones evitó efusión de sangre á un pueblo. Recuérdese la contienda de los Horacios y los Curiacios. Y no cabe duda que si este sistema prevaleciese, nos ahorraría el derroche en armamentos, explosivos, blindajes, ejércitos y marinas de guerra, que desequilibra el presupuesto de las naciones fuertes. Tendría además la incalculable ventaja de suprimir para siempre los héroes anónimos, esos desventurados que perecen de un modo sublime y oscuro, sin que la patria conozca su sacrificio. Los que saliesen á campo raso para lidiar por el triunfo de su bandera, serían conocidos y celebrados como mereciese su hazaña y su valor, lo mismo los vencidos que los vencedores; y un bello gesto individual redimiría tanta sangre, tantas lágrimas y tanto dinero, que podría elevarse un monumento de oro macizo á los campeones para eternizar su memoria.

* * *

Desgraciadamente, la idea de la contienda personal ha quedado reducida á los casos de conflicto personal también; los duelos, desde siglos hace, no son más que *egoísticos*.

Hay que dividir la historia del duelo en dos períodos: uno, en que lo sancionaba la ley; otro, el actual, en que lo sanciona la costumbre y la ley lo prohíbe. Esta evolución de la idea del duelo encierra toda una filosofía social; expresa el cambio profundo de una sociedad constituida sobre la base del honor ca-

balleresco, y que se transforma en democracia, pero dentro de la cual persiste la aspiración á formar parte de las clases que acatan el código de la caballería y se engríen de adaptarse á sus prescripciones. En la sociedad antigua, los pecheros (el ejemplo es Sancho Panza y su modo de discurrir) no se molestaban en apelar á las fórmulas del duelo: dirimían sus diferencias á puñadas, á garrotazos, á traición—como pudiesen.—La lucha cortés se quedaba para los nobles; y éstos no podían combatir sin igualar las armas, sin la asistencia de padrinos que cuidasen de salvaguardar sus derechos. Hoy, que el duelo está penado por el Código, está honrado, respetado y encumbrado por la sociedad, y si el pueblo no lo practica con todos los requisitos (aunque no es raro en las clases más humildes el desafío con ribetes de caballería y altiveces de bien nacidos), la clase media, apenas adopta la indumentaria que la distingue del pueblo—levita, sombrero de copa, guantes, cuellos planchados, etc.—acepta también las nociones del honor referentes al duelo; coloca el duelo (sea ó no serio, esto ya pertenece á lo individual) entre sus costumbres y deberes.

Los duelos pintorescos de antaño, que presenciaban el rey y la corte, que eran una especie de fiesta heroica, fueron poco á poco substituídos por los duelos clandestinos, en lugar oculto, en escondida plazuela ó calleja. El libro de Leguina nos informa de cómo, en aquellos tiempos que generalmente se consideran de lealtad puntillosa, eran frecuentes las tretas y engaños para defraudar al adversario, usando de malas artes. Espadas de vidrio, que se rompían, espadas más largas de lo debido, ó empavonadas en la punta para que se las creyese más distantes; vainas con contra de papel de plata, para herir al adversario sin desenvainar; vainas abiertas facilitaban al felón la victoria en los encuentros sin testigos, bajo el farol del Cristo ó cerca de la reja mohosa.

Son tales noticias un consuelo para los duelistas contemporáneos que infringen las leyes de la caballería, porque demuestran que en todo tiempo se han cocido habas en puchero sucio. Y hasta pudieran los que inician duelos para terminarlos con actas, sin otras consecuencias graves que el gasto de papel y tinta, suelas de botas de padrinos y carreras de simones, escudarse con el ejemplo y el precedente nada menos que de insignes caudillos y monarcas muy grandes, que se enviaron heraldos y carteles de desafío en términos arrogantes y fieros, para quedarse luego tranquilamente en su casa tomando el fresco ó el sol. Tal hicieron Francisco I de Francia y Carlos V de Alemania; D. Pedro de Aragón y don Carlos de Sicilia; Fernando el Católico y el rey de Portugal; y tal estuvo á pique de hacer, aunque desistió por prudencia, Luis XIV con el emperador Leopoldo. Por donde se ve que no es tan fácil hincar un perro, y que por ventura los vasallos salieron con mayor lucimiento que los reyes en esto de lances de honor y fortuna.

* * *

Debe advertirse—y no es de las menores singularidades que observo en la costumbre del duelo—que desafiarse casualmente en presencia del rey era considerado como gravísimo delito, y castigado con las penas más severas, hasta la de muerte: en cambio, desafiarse bajo la inspección y dirección del rey, en campo cerrado, era el punto más crítico y fino de la caballería y de la dignidad. Poco á poco, sin embargo, á medida que el duelo se generalizaba, surgió la represión. Con rigor inusitado combatió los duelos el cardenal Richelieu, el *homme rouge* de *Marión Delorme*. La seriedad y peligro de aquellos lances explican las terribles penas que creyó necesario imponer el ministro de Luis XIII. Hoy, á la verdad, sin que deje de surgir de tiempo en tiempo alguna sangrienta lucha singular, son muy escasos los estragos que hace el duelo en la especie humana. Una puerta abierta que deja paso á una corriente de aire, un albañal destapado, un Panhard de 40 caballos, un jamón con triquina son doblemente temibles y trágicos, si se miden las tragedias por las bajas que ocasionan en las filas de nuestros semejantes. El duelo es además—por ahora—enfermedad masculina, pero no compensa los peligros del alumbramiento, lactancia, etc., y todavía, si se mira bien, resulta más intrépida que su amo y señor la mujer, que lo arrostra.

Esto mismo tuve ocasión de decir al barón de Albi, activo y meritorio propagandista antiduelista. Hay otros males doblemente graves en el estado de Dinamarca; pero cada cual remedie ó intente remediar el mal que percibe y le afecta... No se puede exigir más ni menos á un hombre honrado.

EMILIA PARDO BAZÁN.



SIEMPRE TARDE. PASAJE NOVELESCO EN TRES JORNADAS

JORNADA 1.ª

Una alameda. Largo y amplio paseo de carruajes: un lado y otro de éste lo ribetean en toda su longura dos avenidas llenas de arriates, con plantas y flores; estanques, con peces rojos y saltos de agua; estatuas; quioscos; bancos, y tal cual farol de gas sobre puntales de madera: sombréanlos hileras de árboles no muy copudos, tilos, acacias, magnolias; en cada uno de ellos alcorques de forma semicircular moldeados con ladrillos de canto.

Con uno de estos jardines corre ancestral pretil, en compañía de un río bastante ancho y no muy profundo, de aguas casi siempre turbias, por lo regular mansas, pocas veces numerosas: junto al otro jardín bosque de encinas, eucaliptos, arces, álamos; corpulentos, en algún paraje espésanse hasta impedir que filtre el sol; se puede circular allí por sendas no muy anchas, pero enarenadas con esmero.

Aún es la época de la levita, el sombrero de copa y el miriñaque; época de pronunciamientos, de motines; aún viven Prim y Espartero, cantan Zorrilla y Castelar, se cree en política, se ama la Patria; tenemos fe, ideales, alma.

Es la temporada más risueña del año, cuando las plantas tienen tonalidades más halagadoras, el aire mayor perfume, el cielo grandiosa placidez, la sangre hematosina nueva, las pasiones voluptuosidad, poesía.

Es la hora en que el sol besa la tierra, tiñendo de púrpura el horizonte: la hora triste del crepúsculo de las languideces; cuando las sombras se extienden, invadiéndolo todo con matiz invitador al sueño. Es la hora en que abren los pensamientos, despierta la madre selva, se recogen los niños, charlotean los gorriones, ensaya el ruiseñor; cuando se siente más ternura por lo infinito, se oyen las primeras notas de ese gran coro que ningún músico puede trasladar al pentagrama, porque es voz del silencio; lo conocido en lo intangible; estridulaciones de élitros, concertando con susurros de corolas; barboteos de insectos microscópicos, con vagidos de seres nuevos, parto reciente de la madre tierra; son sensaciones mnemónicas de sonidos percutentes en nuestro tímpano, con fusas del agua corrien-

te, contrapuntos de gramíneas debatidas, calderones de volatería nictérica, viajeras mientras duerme el sol.

Félix y Julia pasean entre la arboleda; se miran en los ojos; van juntos, muy juntos; sus manos se enlazan; sonrien tenuemente: junto á ellos camina el Amor, envolviéndolos en un velo de finísimo tul rosa, llamado Dicha.

Son jóvenes: él tendrá pocos más de veinte años; ella quizás no haya pasado el tercer lustro de su vida; los dos son morenos, esbeltos, simpáticos; la estatuaria clásica no les reprocharía un contorno.

Ella es modista, él estudiante: se vieron, se amaron, ¿cuándo?, ¿por qué? Cuando no hace al caso. ¿Por qué?, porque sí. Es bastante para la juventud. Juventud y amor son sinónimos.

Los dos hablan á intervalos: hablan poco, muy quedo, despacio; sin pensar, por intuición, contestan repitiendo una vez y otra y otra las mismas palabras de ese diccionario corto, inventado en tiempo de la primera mujer, igual hoy que entonces; tierno, ingenuo; flexible, vehemente.

JULIA.—¿No te lo dicen mis ojos..., mi voz..., mi alma que siempre va contigo?

FÉLIX.—Aspiro más.

JULIA.—¿Qué?

FÉLIX.—No sé: pero más, siempre más.

JULIA.—Tuya es mi voluntad, tú alegras mi ser, influyes en mi vida...

FÉLIX.—(Pensativo.) Más..., más.

En una revuelta del camino aparece la Experiencia: es una viejecilla enclenque y pergaminosa; lleva en la espalda un saco repleto de desengaños, se apoya en un bastón llamado «Recuerdos», donde un artífice cuyo apelativo es «Tiempo» grabó esta inscripción: *Rerum magistra*. El Amor, al verla, extiende un nuevo velo ante los novios.

LA EXPERIENCIA.—(Acercándose.) ¿Adónde vais?.., estos parajes son malsanos, podéis morir.

JULIA.—¡Morir!

FÉLIX.—¿... Y qué es eso?

EXPERIENCIA.—La nada.

FÉLIX.—Si vamos juntos no nos arredra.

EXPERIENCIA.—Yo os enseñaré.

JULIA.—Enseñándonos á amarnos siempre más.

FÉLIX.—No deseamos otra cosa.

EXPERIENCIA.—¡Infelices!

JULIA.—Os engañáis; somos felices. (Se alejan.)

EXPERIENCIA.—¡Oídmel!

JULIA.—¿Para qué?

Siguen hablando bajo; vase la Experiencia contrariada. Pasan cinco, diez, quince minutos: ni Julia, ni Félix hablan ya; siguen mirándose.

FÉLIX.—Te amo (dice luego de mucho tiempo).

JULIA.—Te amo (contesta).

Y continúan su marcha: la luz amengua.

A lo lejos pasa un coche, un sacristán va delante con un farol encendido, tañe una campanilla monorrítmica, lúgubre, monótona.

JULIA.—¡Pasa Dios! (santiguándose).

FÉLIX.—Mi dios eres tú.

Llegan cerca de un tronco derribado, se sientan, se miran, callan.

Allá finando la alameda, más distante aún, se oyen descargas y gritos; por último, una voz más potente.

VOZ.—¡Viva la Libertad!

JULIA.—(Asustada.) ¿Qué es eso?

FÉLIX.—Se baten.

JULIA.—¿Por qué?

FÉLIX.—Por amor á la Libertad.

JULIA.—¿... Pero tú?

FÉLIX.—Tú eres mi único amor.

Julia suspira satisfecha. Félix la besa. La luz se acaba. El combate sigue. El Amor sonríe complacido.

JORNADA 2.ª

Un salón: paredes tapizadas con papel blanco, hueso y rosa muy pálidos, y algunos toques dorados; tres cuadros al óleo, un agua fuerte y una cornucopia interrumpen la desesperante isocronía del papel; galerías blancas y doradas, con portiers de un amarillo letárgico en las puertas; también son blancos y dorados sillera, consola y centro; aquella tapizada del color de los portiers, éste con piedra mármol, brillante, limpia, de albura excepcional.

Hay un espejo de cuerpo, con una jardinera al pie; latánias, fénix, camelias en la jardinera; un gladiador bronceado en una repisa; encima de la consola, bibelots; un tarjetero de metal y dos álbums, sobre el centro; en el suelo, ante el sofá, la piel de un tigre.

El aposento presenta un aspecto lujoso, sin elegancia; de costo, sin *chic*; el tapicero puso su ingenio, la dueña pagó al tapicero, nada más. Una habitación es reflejo del alma de su dueña; en ella vive, se la conoce en sus muebles; un pliegue, un detalle, una flor bastan.

Julia está sentada en el sofá; tiene un pequeño libro en la mano; no lee. Su vista se fija con muy pocos minutos de intervalo en una figurilla de porcelana que imita un arlequín sosteniendo una esfera casi tan grande como él, en el centro de la esfera hay un reloj.

Julia viste una bata de terciopelo azul con cintas del mismo color y encajes crema, adornan el oro y la pedrería las orejas, muñecas, dedos: calza chapines de seda y... no sé más de su indumentaria.

El pelo y las cejas son tan negros como cuando la conocimos, hace diez ó doce años, pero tienen un cierto brillo, del cual otras veces carecían; su cutis es más suave; un ligero matiz sonrosado tiñe sus mejillas, antes pálidas; unas ojeras, agrandando sus ojos les dan mayor expresión: dos lunares han venido á prestarle nuevo encanto...

JULIA.—(*Consultando el reloj por milésima vez.*) ¡Pobre Felix!.. Cuando me abandonó, le odié... hoy... hoy no le amo... ¿Por qué me intereso por él?..

Entra la Experiencia.

EXPERIENCIA.—Es el orgullo quien te hace favorecerle, el placer de la humillación.

JULIA.—(*Sonriendo.*) Quizás sea eso. Sufrí mucho por su culpa, me dejó sola, sin recursos.

EXPERIENCIA.—Pero sin aquellos días tristes, no tuvieras la felicidad de hoy.

JULIA.—Cierto: no hubiese conocido á Pérez, el jugador, al que abandoné por Jacinto, que luego substituí por el conde... pero si él siguiera mío, yo sería suya, sólo suya; de haber cumplido sus deberes para conmigo, que tanto le quise, yo sería feliz, sería digna.

EXPERIENCIA.—¡Quién sabe! Las circunstancias hacen al hombre bueno y á la mujer buena. El bien y el mal son obras del acaso.

Entra un criado anunciando á Felix, la Experiencia se oculta en el balcón.

FÉLIX.—(*Entrando.*) ¡Julia, Julia mía!.. ¡cuán buena eres! En lugar de aborrecerme abres un porvenir á mi existencia; en vez de acabar mi vida, me das una nueva, brillante, próspera. Yo sabré recomensar tanta abnegación.

Cae de rodillas delante de Julia.

JULIA.—(*Tendiendo una mano á Felix para levantarle.*) Alza; no quiero nada, no necesito nada. Tú eras rico, yo pobre, te dí cuanto tenía; eres pobre; yo... dicen que rica; te doy cuanto puedo. Toma (*le entrega un papel*); esta es una credencial de gobernador de Filipinas... ¿estás contento?

FÉLIX.—(*Con ternura.*) Más contento estaría si vinieses conmigo.

JULIA.—No; es imposible. Cuando te hallé, hace unos días, hambriento, desesperado, no fué el cariño quien me hizo dar á conocer, sino la compasión.

FÉLIX.—(*Triste.*) ¡Te vengas!

JULIA.—No es venganza, es sinceridad. Si te hubiese amado igual que antes... allí mismo, en la calle, hubieses tenido acogida entre mis brazos, sin temor á manchar mis sedas con tus harapos, sin miedo á perder mi bienestar: lo sabes, soy así, desbarajustada, irreflexiva, inconsciente.

FÉLIX.—Ven; te prometo...

JULIA.—(*Sonriendo con tristeza.*) Sé hasta dónde

llegan tus promesas. Además, si yo fuese, ¿quién quedaría aquí para protegerte?

FÉLIX.—(*Involuntariamente.*) Es verdad.

JULIA.—(*Despechada.*) Vete: el conde llegará pronto.

FÉLIX.—(*Levantándose y estampando un beso en la mano de Julia.*) ¡Adiós, Julia!



Jesús y Nicodemus, cuadro de Guillermo Steinhausen

Al mismo tiempo entra el conde y ve la escena.

Julia retira la mano.

JULIA.—(*Aparte á Felix.*) Nos ha visto. (*Por el conde.*)

FÉLIX.—(*Aparte á Julia.*) No temas. (*Se adelanta al conde, tendiéndole la mano.*) Señor conde, á Julia encargaba una demostración igual de cariño y adhesión hacia V. S. (*Coge la mano del conde y la besa.*)

CONDE.—(*Conmovido.*) Mande usted siempre.

FÉLIX.—(*A Julia y al conde.*) ¡Adiós! (*Vase.*)

CONDE.—¡Adiós!

JULIA.—(*Aparte.*) ¡Bajo!.. ¡Rastrero!

La Experiencia, sacando la cabeza por entre los portiers del balcón, hace á Julia una señal de despedida; sonríe, su sonrisa es un poema silográfico.

JORNADA 3.^a

Plaza de una ciudad populosa. Sitio apartado, transeúntes escasos. Es más de media noche.

A la izquierda una iglesia construída toda con sillares: su puerta es bizantina, el ventanaje muy escaso, más moderno, muy alto, parece ojivo; pero está borroso, desfigurado por las tinieblas: la sombra invade toda la fábrica.

Separados de la iglesia por mezquina calleja, en sentido casi perpendicular á aquélla, se alzan los muros de un palacio construído sin duda por algún arquitecto heterodoxo del Renacimiento, en pleno siglo XVI.

La plaza forma triángulo isósceles; su tercera línea son las fachadas de dos casas blanquecinas, feas, grandes.

Entre ambas casas hay un farol de gas, en la esquina del palacio hay otro, están sujetos á las paredes por escarpas. Sus luces ocrosas dan haces de rayos temblorosos, débiles, oscilantes; se contraen y dilatan, alumbran un espacio muy pequeño. En el suelo dibujan, con sombras, puntos de intersección, sus líneas esfúmanse más según se prolongan: luego marcan cuadrados, cuyos centros son aquellos puntos; después, conforme avanza la luz se opacida, convirtiéndose en penumbra, por último la obscuridad vence.

En un balcón una lámpara eléctrica, velada por un store, estereotipa las maderas guarnecedoras de los cristales.

Es uno de los primeros días de luna nueva: está

hacia la iglesia; luce un semicírculo estrecho, insignificante; pasa por encima de ésta, y viene á herir con su luz fría de astro muerto los socarres fronterizos.

Hace mucho frío.

Junto á una gran puerta, Julia procura cubrir con sus andrajos su cuerpo aterido: acurrucada teme moverse. El frío la hace andar.

JULIA.—(*Paseando.*) ¡Dios mío!.. Dios mío!.. ¿Por qué vivo, Señor? Pasea vacilante, procurando pisar fuerte para entrar en calor.

JULIA.—¡Días felices, cuando alfombras, paños, fuego me amparabais!.. Esto es demasiado, ¡no puedo resistirlo!..

Pasea de nuevo; pero sin energías, vuelve á cobijarse en el quicio de la puerta.

JULIA.—¡Y cómo me perseguís, recuerdos!.. Yo no fuí culpable. El conde me abandonó!..

Quiere levantarse; no puede. Se resigna.

JULIA.—(*Recordando.*) El hospital consumió mis atractivos; hoy nada me resta, nada...

Oyese á lo lejos el rodar de un carruaje; se acerca, entra en la plaza, llega á la puerta donde yace Julia, se detiene, bajan dos señores, la puerta se abre,

iluminando las figuras de los dos hombres, aún jóvenes, elegantes. Julia esfuérase por llegar hasta ellos.

CONDE.—(*Bajando del coche y mientras procura abrigarse con el cuello del gabán.*) Pero ni una palabra, ¿eh?

FÉLIX.—(*Siguiendo al conde, abrigándose también.*) ¡No faltaba más!.. ¿Recordará usted su promesa?.. (*amablemente*), mi senaduría vitalicia y las dos actas para...

CONDE.—(*Complaciente.*) ¡Hombre... es claro!.. Descuide usted.

JULIA.—(*Acercándose.*) ¡Una limosna!

CONDE.—¡Adiós! (*Da la mano á Felix, entra en la casa sin fijarse en Julia.*)

FÉLIX.—¡Adiós, conde! (*Sube precipitadamente al coche, cierra la portezuela de golpe. Al cochero.*) ¡A casa! ¡De prisa!

El coche parte. La puerta del palacio se cierra. Hiela.

Julia, desfallecida, se sienta en el suelo. Lloro.

EXPERIENCIA.—(*Llega á Julia, la besa en la frente.*) Ven conmigo. Soy tu amiga de siempre. ¿Por qué te quejas? Fuiste la Indiferencia. Tu vida se ha deslizado apática, desbarajustada, sin ideales, inconsciente; amante por instinto, duró tu amor lo que un suspiro: rica sin magnanimidad, pobre sin grandeza... ¿Cuál es tu obra?... ¿qué has sembrado?, ¿qué has producido?... ¡ni egoísta supiste ser!.. cruzaste el mundo sin dejar tras ti una estela, un destello, una ráfaga; fué tu vida conjunción de desaciertos y apatías; manantial desecado; fuego fatuo; pluma en el espacio, el aire te elevó y subiste, te abandonó y te precipitaste... Ven; yo soy maestra de la vida. Te enseñaré. Ven.

Julia sonríe, su risa es trágica; invádela luego gran somnolencia, pertinaz; muere, al fin, congelada.

EXPERIENCIA.—(*Con resignación.*) ¡Siempre llego tarde!

La luna oculta su luz bondadosa.

En el cielo pavonado chispean las siete estrellas de la Osa Mayor, escoltada por innúmeras constelaciones, marcando un derrotero fijo, preciso, indiferente.

F. MUÑOZ DUEÑAS.

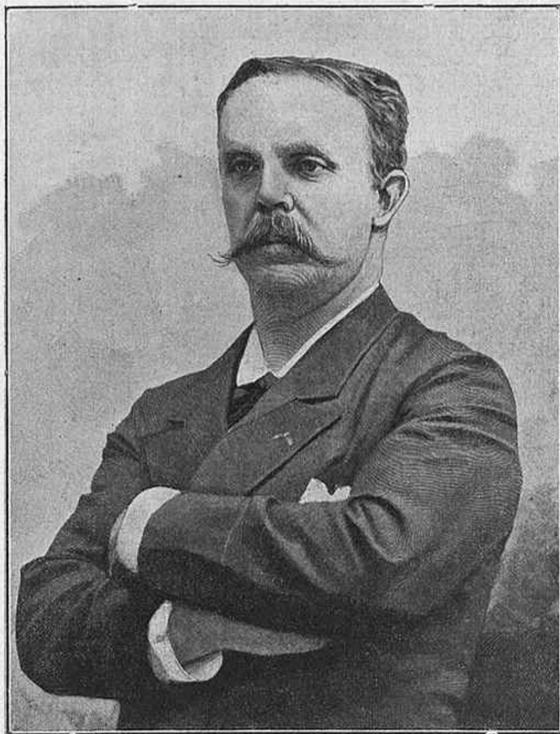
(Dibujo de Opiso.)



LA CRUCIFIXIÓN, EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ Y LA RESURRECCIÓN,
tríptico del pintor flamenco Rogier van der Weyden (1400-1464) que se conserva en Valencia. (De fotografía remitida por J. Grollo.)

CASIMIRO PERIER, EX PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA

El eminente hombre público recientemente fallecido en París había nacido en aquella ciudad en 8



CASIMIRO PERIER,
fallecido en París el día 12 de los corrientes

de noviembre de 1847 y hecho brillantes estudios en el Liceo Bonaparte; licenciado en Letras y en Derecho, cuando estalló la guerra franco-prusiana entró á formar parte de la guardia nacional del Aube, de la que fué nombrado capitán, y en el combate de Bagnoux batióse valerosamente y logró arrancar de manos del enemigo el cuerpo de su jefe, el comandante Dampierre, mortalmente herido.

Terminada la guerra, su padre, ministro del Interior, le hizo su jefe de gabinete, y para facilitarle la carrera política dimitió el cargo de consejero general de Nogent-sur-Seine, recomendando á sus electores que dieran sus votos á su hijo. Elegido consejero en 1874, dos años después los mismos electores le enviaban al Palacio Borbón. El joven Perier inscribióse en la mayoría republicana y en 1877 ocupó la subsecretaría de Bellas Artes.

En 1881 fué reelegido diputado por gran mayoría, y durante aquella legislatura realizó uno de los actos

de su vida pública más dignos de respeto. La Cámara, en 1883, había votado la ley por virtud de la cual quedaban excluidos del ejército los individuos de la familia de Orleáns; y el mismo día en que esa ley se votó, Casimiro Perier dirigió á sus electores la siguiente carta: «Queridos conciudadanos: No permitiéndome las circunstancias conciliar mis deberes políticos con la conducta que me dictan mi conciencia y mis convicciones republicanas, he enviado mi dimisión al señor presidente de la Cámara. Aunque, al renunciar á la vida política, impongo silencio á mis opiniones, permaneceré invariablemente fiel á mi fe política. En mi retiro, procuraré, mis queridos conciudadanos, seros útil y nunca olvidaré las pruebas de confianza y de simpatía que me habéis prodigado.»

Sus electores no aceptaron aquella dimisión y seis semanas después le elegían nuevamente. Fué en aquel periodo (1884-1893) sucesivamente subsecretario de Estado en el ministerio de la Guerra, vicepresidente de la Cámara, presidente de la comisión de presupuestos, presidente de la Cámara y presidente del Consejo de Ministros. En mayo de 1894 dimitió su presidencia á consecuencia de un voto de censura que dió al gobierno la Cámara por la cuestión de los sindicatos; á pesar de ello, al mes siguiente fué por tercera vez elegido presidente de aquella.

Pocos días después, el 24 de junio, era asesinado en Lyon el presidente Carnot; el 27, el Congreso, reunido en Versalles, elevaba á Perier á la suprema magistratura de la República por 451 votos entre 845 votantes. Su presidencia duró sólo seis meses: razones no bien conocidas todavía, pero que dejó traslucir en su mensaje enviado al Parlamento en 15 de enero de 1895, impulsáronle á presentar la

dimisión de aquel alto cargo. En aquel mensaje se leen, entre otros, los siguientes interesantes párrafos que reflejan admirablemente la honradez, la sinceridad, la nobleza de sentimientos de aquel gobernante:



PONT-SUR-SEINE. — ENTIERRO DE CASIMIRO PERIER. SALIDA DEL CORTEJO FÚNEBRE DE LA IGLESIA. (De fotografía de M. Branger.)

«De seis meses á esta parte, prosigüese una campaña de difamación y de injurias contra el ejército, la magistratura, el Parlamento y el jefe irresponsable del Estado, y esa libertad de avivar los odios sociales sigue llamándose libertad de pensar.

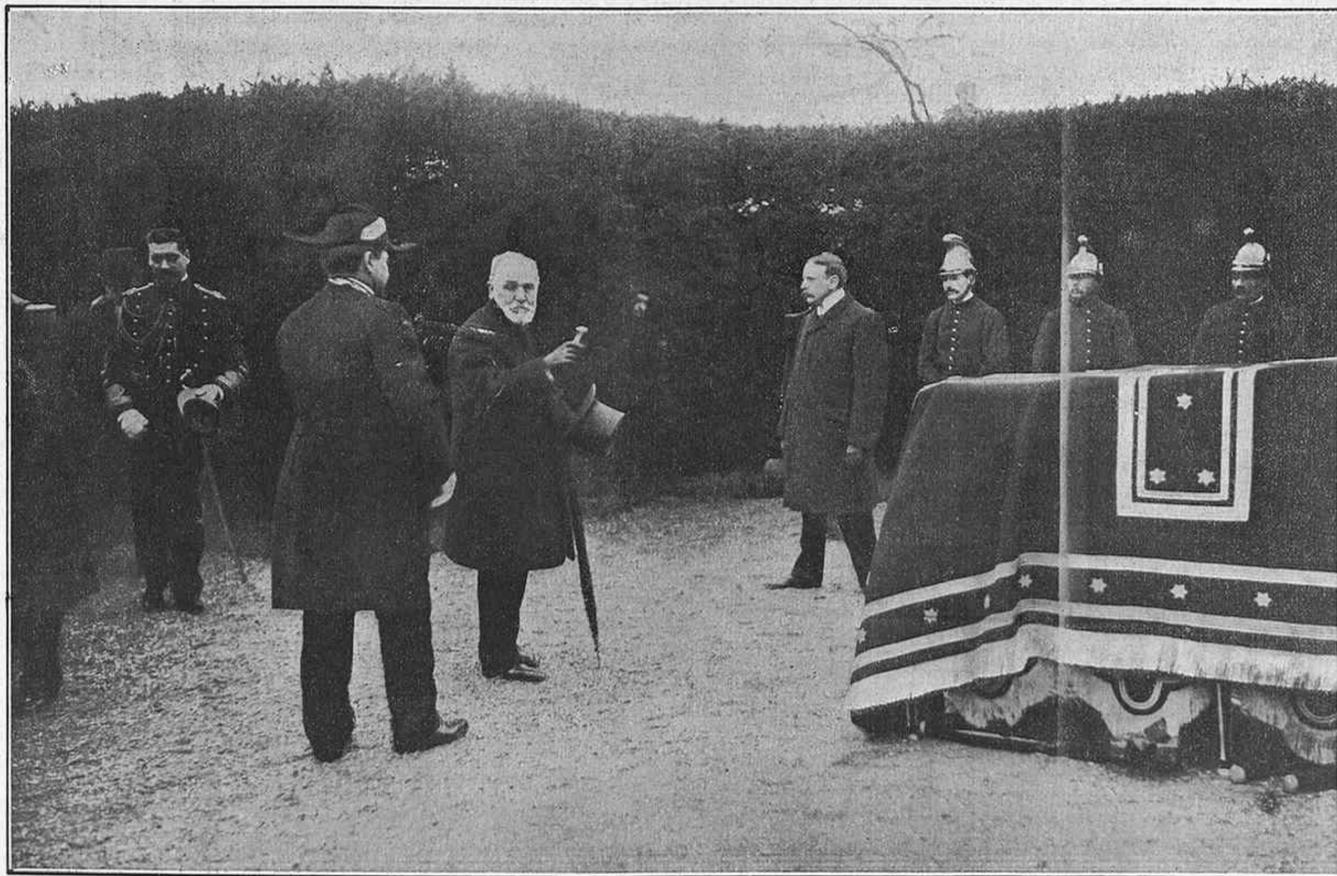
»El respeto y la ambición que siento por mi país no me permiten consentir que pueda insultarse diariamente á los mejores servidores de la patria y al que la representa ante el extranjero. No me resigno á comparar el peso de las responsabilidades morales que sobre mí pesan con la impotencia á que estoy condenado.

»Tal vez se me comprenderá si afirmo que las ficciones constitucionales no pueden acallar las exigencias de la conciencia política; quizás dimitiendo mi cargo habré trazado su deber á los que se preocupan de la dignidad del poder y del buen nombre de Francia en el mundo.

»Invariablemente fiel á mí mismo, permanezco convencido de que las reformas no se realizarán sino con el concurso activo de un gobierno decidido á asegurar el respeto á las leyes, á hacerse obedecer por sus subordinados y á agruparlos en una acción común para una obra común.»

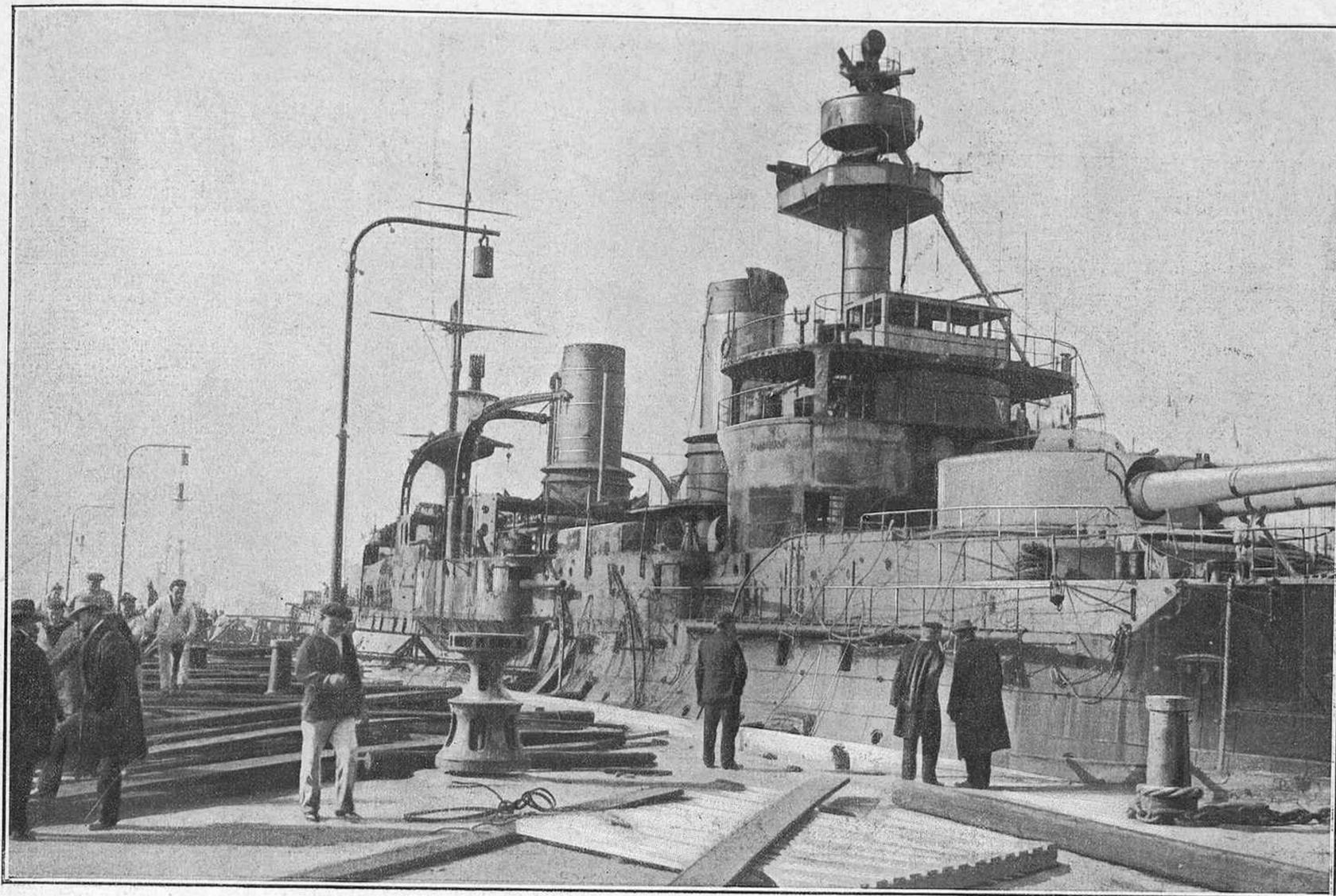
Aceptada su dimisión, retiróse enteramente de la vida pública, consagrándose á la ciencia y á obras de filantropía.

El cadáver de Perier ha sido sepultado en el panteón de familia de Pont-sur-Seine y su entierro fué presidido por un representante del presidente de la República.—S.



PONT-SUR-SEINE. — M. LOUBET ANTE EL FÉRETRO DE CASIMIRO PERIER. (De fotografía de M. Branger.)

TOLÓN.—LA CATÁSTROFE DEL ACORAZADO FRANCÉS «JENA»



VISTA DE LA POPA DEL «JENA» DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE. (De fotografía de M. Branger.)

El acorazado de primera clase de la escuadra francesa del Mediterráneo, el *Jena*, uno de los mejores buques de la armada de Francia, ha quedado en parte destruido á consecuencia de una explosión que en uno de sus pañoles de la pólvora se produjo poco antes de las dos de la tarde del día 12 de los corrientes, y á la que siguieron otras muchas explosiones y un incendio.

El *Jena* hallábase en uno de los diques del puerto de Tolón limpiando fondos. Las causas de la catástrofe no se conocen todavía, pues aún no ha dado dictamen la comisión que se nombró para determinarlas: en un principio atribuyóse aquella á la explosión de un torpedo; díjose luego que era debida á un corto circuito formado en los alambres que pasaban cerca de los pañoles de las municiones, y finalmente se ha supuesto que la explosión se había producido á consecuencia de la descomposición de la pólvora.

Los efectos de las explosiones fueron terribles; el buque ha quedado inutilizado y, lo que es más sensible, el número de víctimas considerable, elevándose el de los muertos á 118, entre ellos ocho oficiales, y siendo grande también el de los heridos. Y mayor aún habría sido la resolución del comandante del acorazado *Patrie*, que se hallaba á 200 metros del *Jena*, el cual, á fin de anegar el dique, cuyas compuertas intentaban en vano abrir varios obreros y marinos, disparó un cañonazo hábilmente dirigido que abrió en aquéllas una brecha por donde se precipitó el agua. Gracias á esto, pudo evitarse que

siguieran estallando los proyectiles del *Jena*. Mientras se efectuaba la maniobra de querer abrir las compuertas, el guardia marina Roux, del acorazado *Suffren*, que había acudido á aquel sitio de peligro, fué mortalmente herido por un casco de proyectil.

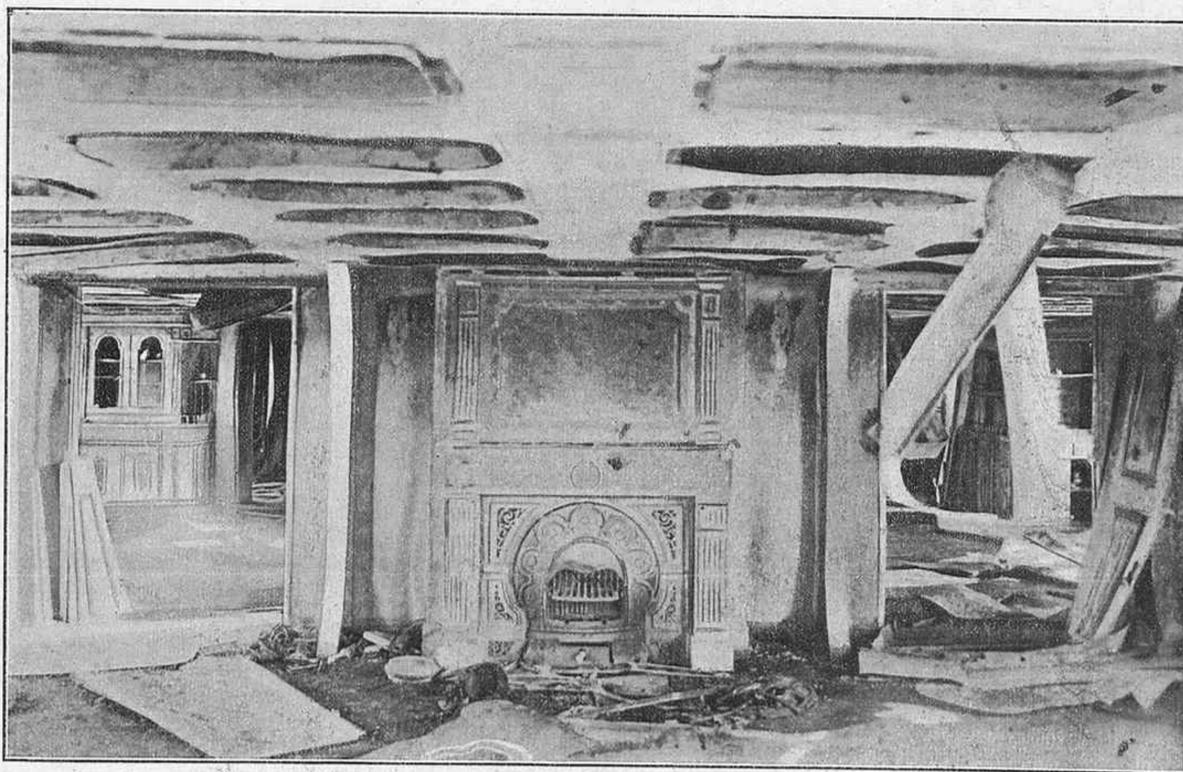
En medio de la desgracia, fué una suerte que la catástrofe se produjera durante la hora de recreo, en

tes Marquis, prefecto marítimo de Tolón, y Touchard, comandante de la escuadra del Mediterráneo, y todos los contraalmirantes, generales, jefes y directores de servicios del arsenal, acudieron inmediatamente al sitio de la catástrofe, y dirigieron los trabajos de extinción del incendio y de salvamento, en los cuales tomaron parte también fuerzas de infantería y artillería. Merced á la diligencia y al heroísmo de todos, pudo circunscribirse el incendio en la parte de popa del *Jena* y evitarse un gran peligro que parecía amenazar á todo el arsenal.

La noticia causó hondísima impresión en toda Francia y muy particularmente en París y en los centros oficiales. Aquella misma tarde partió para Tolón el ministro de Marina M. Thomson, quien al día siguiente visitó el *Jena* y el hospital marítimo, socorriendo á los heridos y pasó revista de los tripulantes sobrevivientes del acorazado.

El entierro de las víctimas, que se efectuó el día 16, fué un acto imponente y conmovedor, que presidió el presidente de la República M. Faillieres y al que concurrieron el presidente del Consejo de Ministros M. Clemenceau, el ministro de la Guerra general Picquart y los vicepresidentes del Senado y de la Cámara con numerosas comisiones de senadores y diputados.

En el acto del sepelio pronunciaron sentidos discursos el presidente de la República, el ministro de Marina, el almirante Touchard y el almirante Manceron, comandante del *Jena*.—R.



EL CAMAROTE DEL ALMIRANTE MANCERÓN, COMANDANTE DEL «JENA» DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE (De fotografía de M. Branger.)

que la mayoría de los 690 tripulantes estaban fuera del buque; de haber ocurrido un poco más tarde, cuando toda la tripulación habría estado trabajando, el número de víctimas habría revestido proporciones mucho mayores.

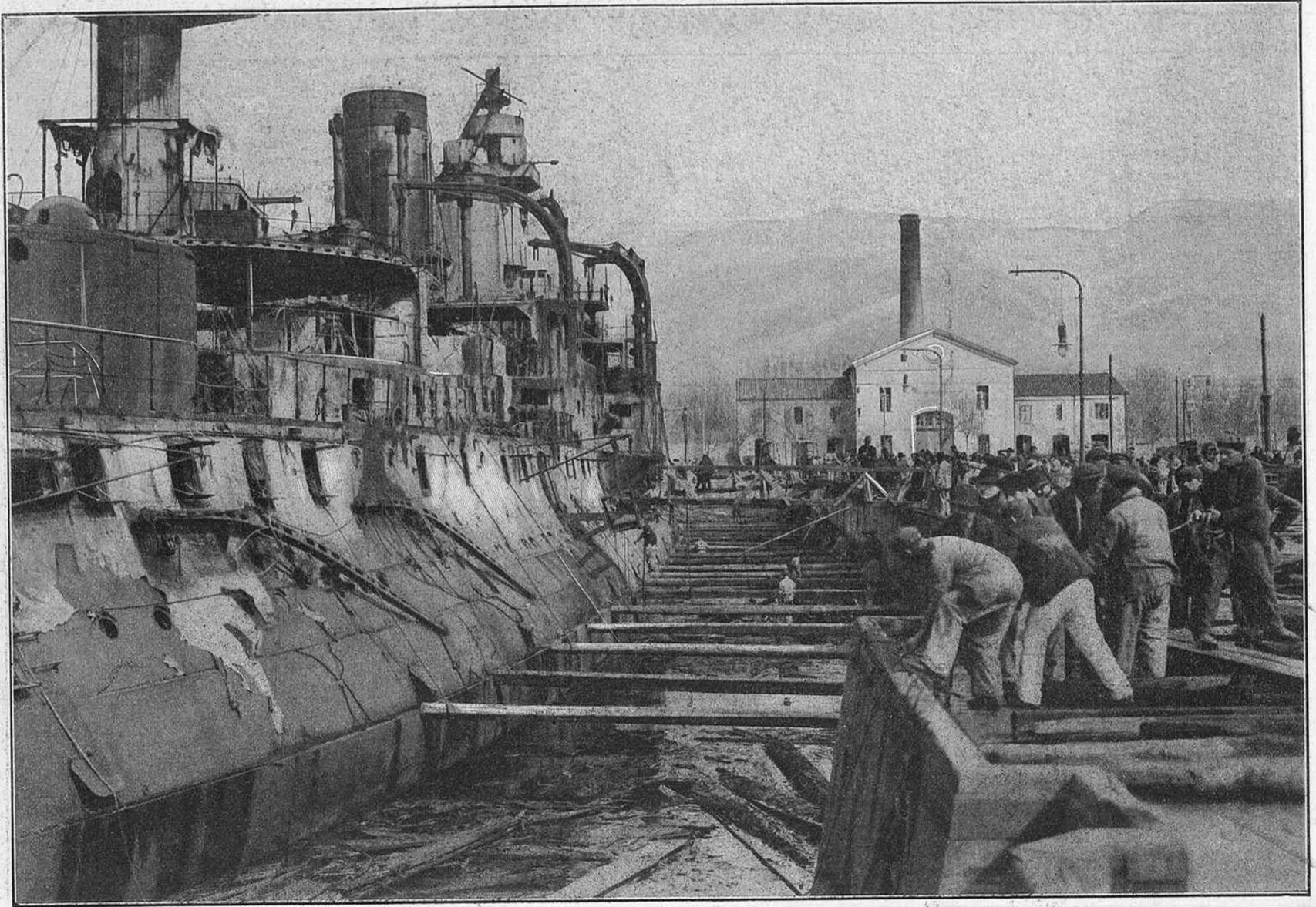
Pasados los primeros momentos de pánico, organizáronse los socorros, siendo llevados los heridos y los cadáveres al hospital marítimo. Los vicealmiran-

tes Marquis, prefecto marítimo de Tolón, y Touchard, comandante de la escuadra del Mediterráneo, y todos los contraalmirantes, generales, jefes y directores de servicios del arsenal, acudieron inmediatamente al sitio de la catástrofe, y dirigieron los trabajos de extinción del incendio y de salvamento, en los cuales tomaron parte también fuerzas de infantería y artillería. Merced á la diligencia y al heroísmo de todos, pudo circunscribirse el incendio en la parte de popa del *Jena* y evitarse un gran peligro que parecía amenazar á todo el arsenal.

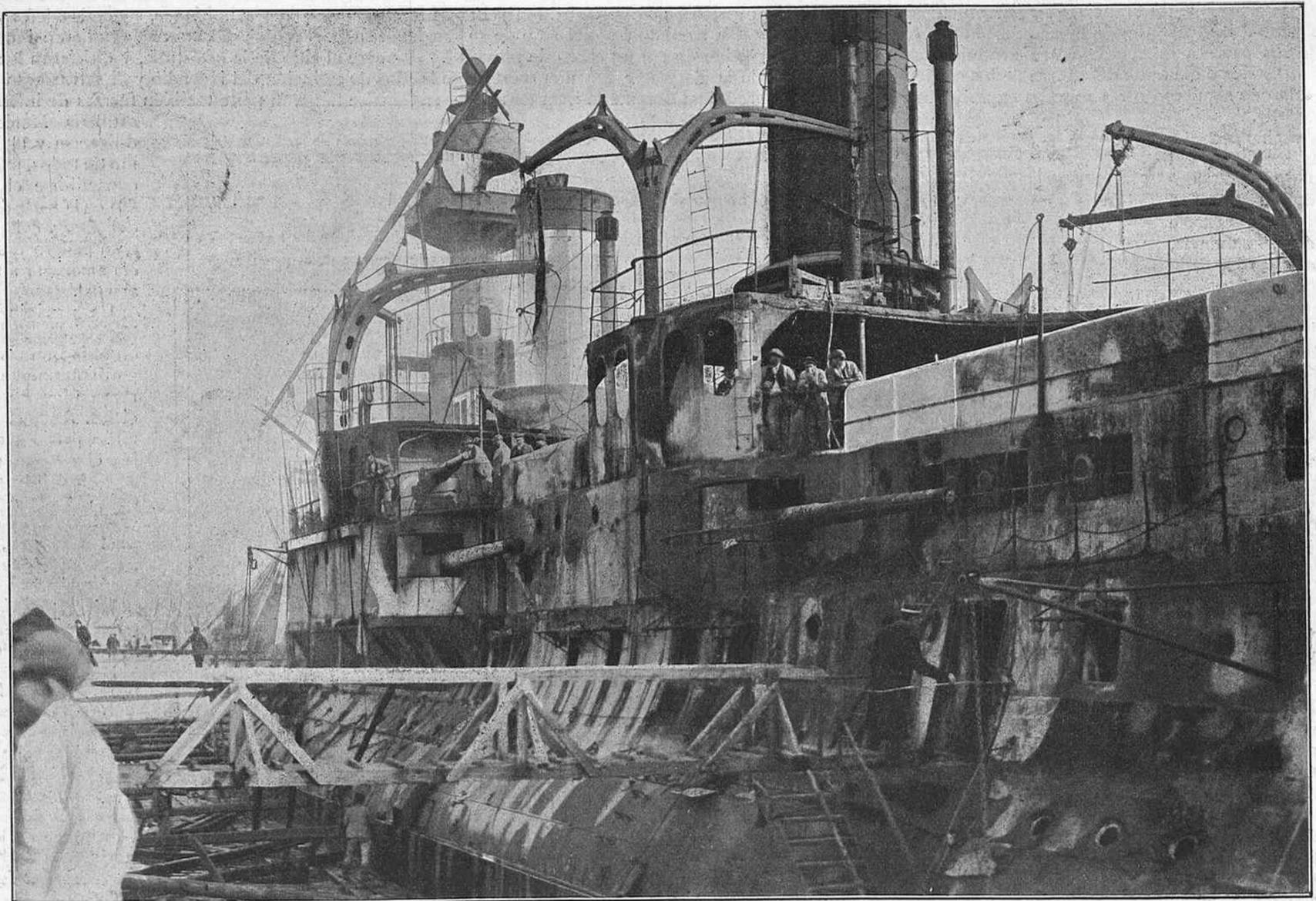
La noticia causó hondísima impresión en toda Francia y muy particularmente en París y en los centros oficiales. Aquella misma tarde partió para Tolón el ministro de Marina M. Thomson, quien al día siguiente visitó el *Jena* y el hospital marítimo, socorriendo á los heridos y pasó revista de los tripulantes sobrevivientes del acorazado.

El entierro de las víctimas, que se efectuó el día 16, fué un acto imponente y conmovedor, que presidió el presidente de la República M. Faillieres y al que concurrieron el presidente del Consejo de Ministros M. Clemenceau, el ministro de la Guerra general Picquart y los vicepresidentes del Senado y de la Cámara con numerosas comisiones de senadores y diputados.

En el acto del sepelio pronunciaron sentidos discursos el presidente de la República, el ministro de Marina, el almirante Touchard y el almirante Manceron, comandante del *Jena*.—R.

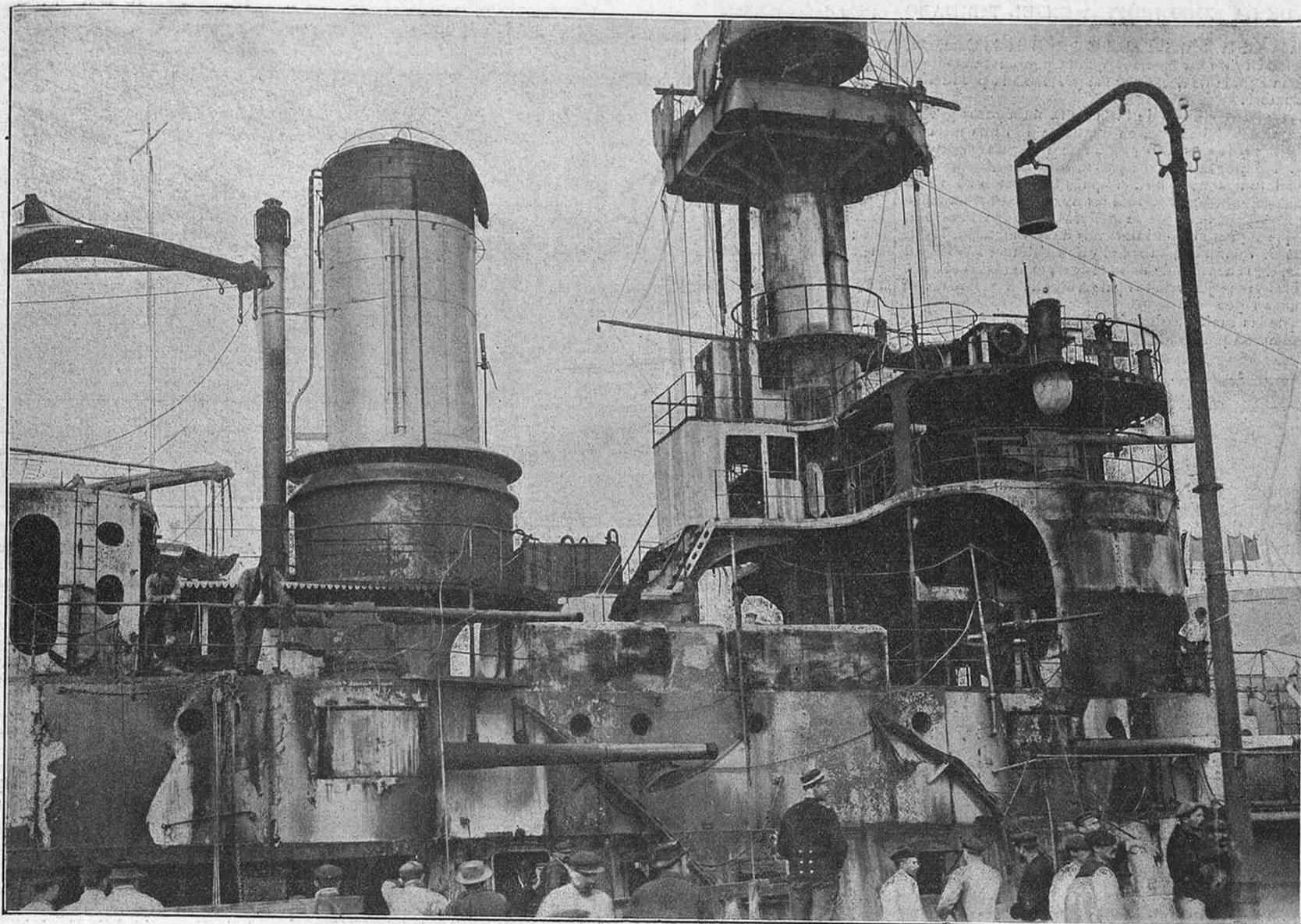


Los tripulantes del «Jena» que se salvaron de la catástrofe buscando los cadáveres de las víctimas

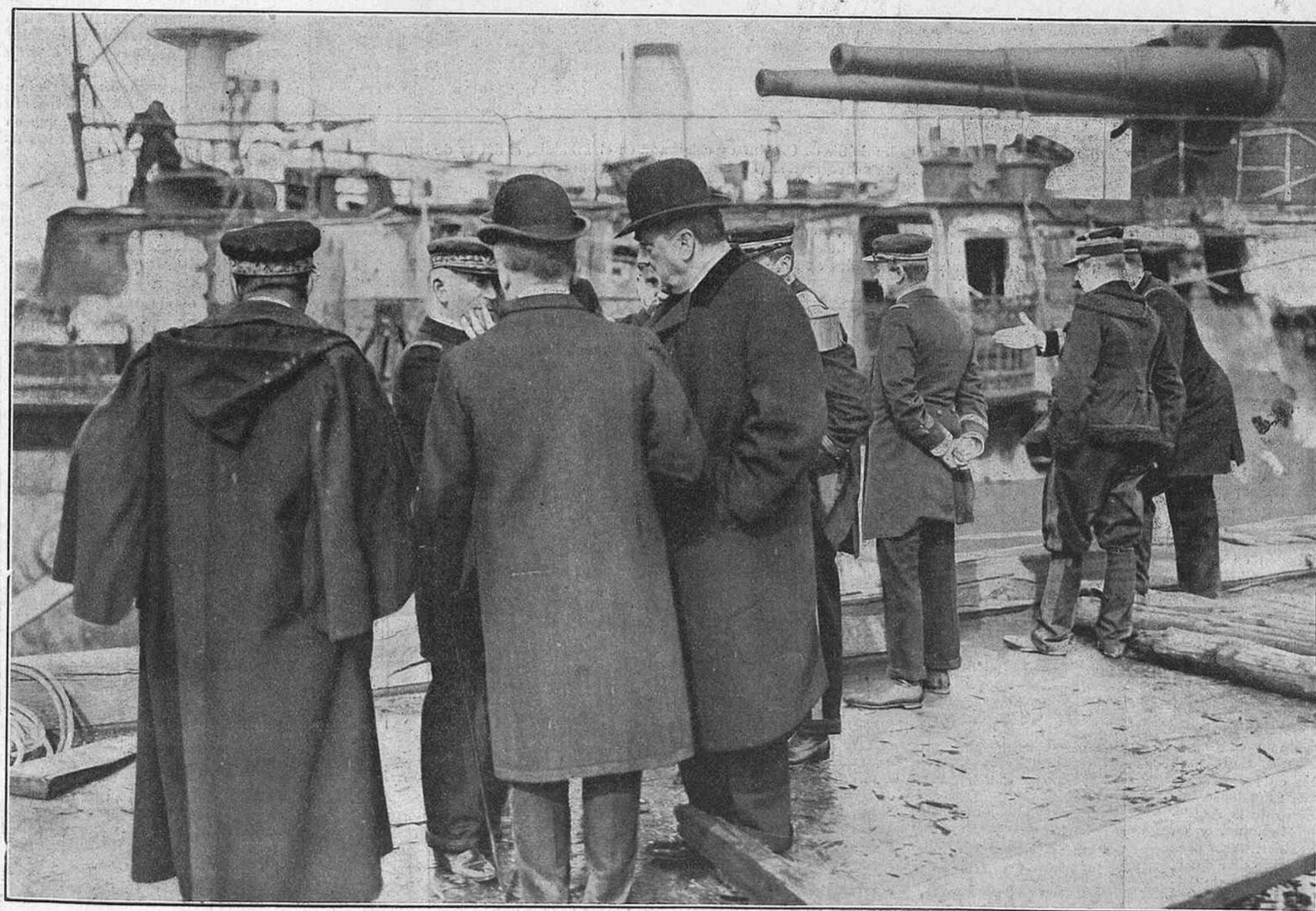


Vista del lado de babor del «Jena» después de la catástrofe

TOLÓN.—La catástrofe del acorazado francés «Jena,» ocurrida el día 12^o de



Vista de la torre de proa después de la catástrofe



El ministro de Marina y los almirantes Marquis, prefecto marítimo, y Touchard delante del «Jena»

corrientes en uno de los diques del puerto. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

FIESTA DE LA COLOMBÓFILA EN EL TIBIDABO

Organizada por la Real Sociedad Colombófila de Cataluña, celebróse el día 17 de los corrientes en la pintoresca montaña Tibidabo una agradable fiesta que fué presenciada por inmensa muchedumbre.

Desde las primeras horas de la mañana numerosos grupos subían á la meseta del monte, en donde se dijo una misa de campaña, durante la cual hizo guardia de honor un piquete de ingenieros. Terminada la misa, pasaron los concurrentes á la plazuela del funicular, y allí, después del sorteo de varias palomas mensajeras, procedióse á las varias sueltas anunciadas, empezando por la de las mensajeras de los palomares de Reus, á la que siguieron, con intervalos de dos minutos, las de las de Mataró, Vilafranca, Sabadell y San Feliu de Llobregat. Finalmente, á los acordes de una música que amenizó el acto, soltáronse las mensajeras de los palomares de Barcelona, que sumaban unas 1.900.

Después de las sueltas, efectuóse el concurso de fotografías, en el que tomaron parte muchos aficionados.

cación de las pólvoras de guerra y á los medios de restablecer las comunicaciones entre la capital y las provincias. Los parisienses, queriendo recompensar al patriota, le eligieron diputado, sin haber él presentado su candidatura.

En 1873 entró en la Academia de Ciencias; en 1875 publicó su famosa obra *La síntesis química*; en 1876 fué nombrado inspector general de la enseñanza superior, y en 1881 senador



Aspecto de la plazuela del funicular momentos antes de la suelta de las palomas mensajeras. (De fotografía de A. Merletti.)



FOTOGRAFOS

BARCELONA. — Fiesta organizada por la Real Sociedad Colombófila de Cataluña y celebrada en el Tibidabo el día 17 de los corrientes. Las primeras sueltas de palomas mensajeras. (De fotografía de L. Donoso.)

cias, de la que era secretario perpetuo, y como había dejado á su esposa gravemente enferma, retiróse antes de terminar la sesión que aquella celebraba. Llegado á su casa, enteróse del estado de la enferma, que empeoraba por momentos, y se instaló en una habitación contigua; poco después entró su hijo Daniel anunciándole que su madre acababa de morir. Berthelot incorporóse rápidamente, llevóse una mano al corazón, lanzó un ¡ay! y cayó muerto.

Necrología.— Han fallecido:

F. W. Maitland, ilustre jurisconsulto é historiador de derecho inglés, catedrático de la Universidad de Cambridge, miembro de varias academias inglesas y extranjeras, y autor de importantes obras.

Félix Cavagnis, cardenal, nombrado por León XIII en 1901, diácono de Santa María ad Martyres, de Roma.

Dr. Guillermo Dittenberger, eminente filólogo alemán, catedrático de Filología clásica de la Universidad de Halle y autor de notables obras sobre inscripciones griegas.

Elias Ducommun, director de la oficina internacional de la paz de Berna, miembro del Gran Consejo de Berna, que en 1902 obtuvo el premio Nobel por sus trabajos en pro de la paz.

MARCELINO BERTHELOT

El ilustre químico recientemente fallecido en París había nacido en aquella capital en 25 de octubre de 1827. Después de brillantes estudios en el Liceo Enrique IV, dedicóse al estudio de las ciencias, y desde sus comienzos el éxito de sus trabajos en química orgánica llamaron la atención del mundo científico. A los veinticuatro años era preparador en el laboratorio del profesor Balard en el colegio de Francia, y tres años después se recibió de doctor, presentando en aquellos ejercicios una tesis sobre química orgánica que entrañaba una revolución en la ciencia.

En 1859 fué nombrado profesor de química orgánica en la Escuela superior de farmacia; en 1861, la Academia de Ciencias le otorgó una de sus más altas recompensas por sus investigaciones relativas á la «reproducción por la vía sintética de un cierto número de especies químicas existentes en los cuerpos vivos»; en 1863 fué elegido miembro de la Academia de Medicina, y en 1865, el gobierno creó para él en el Colegio de Francia una nueva cátedra de química orgánica.

En septiembre de 1870 nombrósele presidente del Comité científico de defensa, y durante el sitio de París dedicóse á la reforma de la artillería, á la fabri-

inamovible. En 1886 desempeñó la cartera de Instrucción pública, y en 1895 la de Negocios extranjeros.

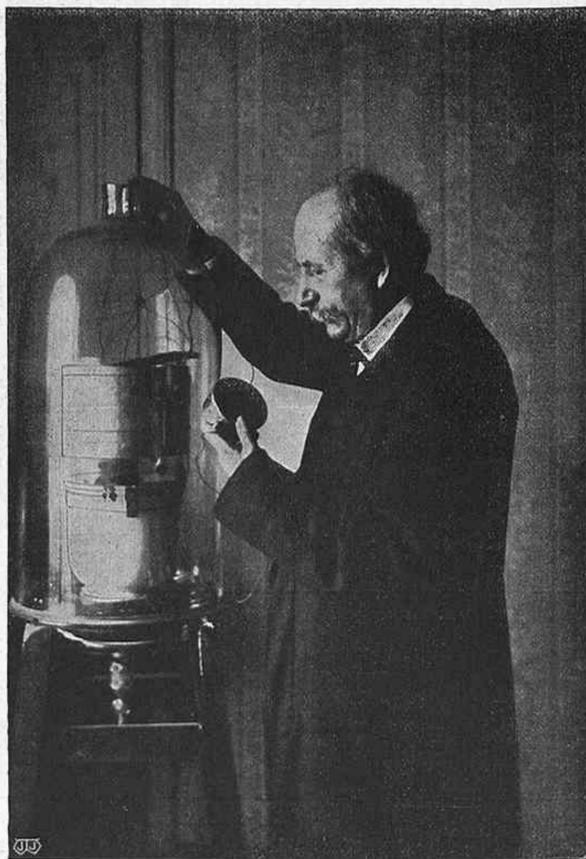
Berthelot era miembro de gran número de academias y sociedades científicas francesas y extranjeras y gran cruz de la Legión de Honor.

Estudiar la obra científica de ese sabio bajo tantos conceptos ilustre, exigiría un trabajo que la índole de esta sección no consiente. Algo de ella dijimos ya en el número 1.212 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El más importante de sus descubrimientos fué la síntesis orgánica, que abrió nuevos y amplios horizontes á la ciencia y á la industria, y mediante la cual pueden hoy reconstruirse con elementos simples los más complejos cuerpos orgánicos.

Mas no se limitaron á la ciencia química sus conocimientos y sus trabajos: Berthelot ha sido indudablemente el hombre de su época que más cosas ha sabido y el que más perfectamente ha estudiado las diversas ramas del saber humano.

La lista de los libros, folletos y artículos por él publicados sería interminable; sólo el número de las memorias en que expuso sucesivamente sus descubrimientos desde 1850 á 1888 se calcula que excede de seiscientos.

Su muerte ha ocurrido en circunstancias realmente dramáticas. Hallábase en la Academia de Cien-

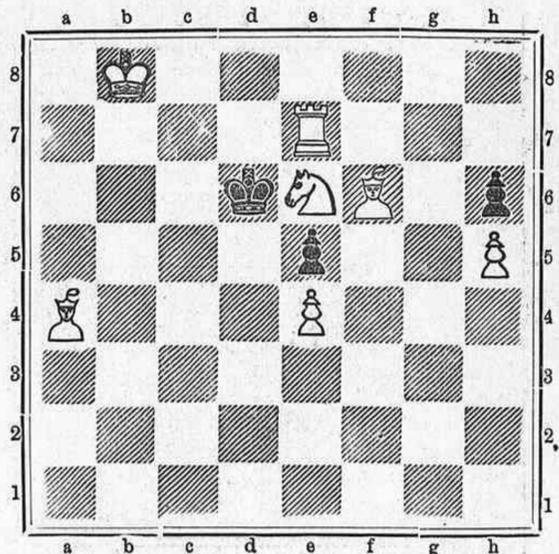


El eminente químico francés MARCELINO BERTHELOT, fallecido en París el día 18 de los corrientes. (De fotografía.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 456, POR V. MARÍN.

NEGRAS (3 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 455, POR V. MARÍN.

- | | |
|----------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A g6-f5 | 1. Cualquiera. |
| 2. A, P, D ó C mate. | |

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fín. VIOLET, 29, Boulevard des Capucines, Paris.



EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX,

coronada por la Academia Francesa.

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ.

(CONTINUACIÓN)

La sala aplaudía con entusiasmo, comprendiendo confusamente la excelsa inspiración de aquel arte.

Isabel volvió la cabeza y se sorprendió de ver la dicha que resplandecía en los ojos de Juan, cuya mirada pasaba por encima de ella hacia la escena. Y para que el joven tuviese que acercarse, le hizo unas cuantas preguntas en voz baja.

Después del primer acto, la señora de Marthenay quiso pedir al capitán que la acompañase á la sala de juego para llamar á su marido. Pero no se atrevió y tomó el brazo del Sr. Landeau. Aprovechando la ocasión, Isabel hizo seña á Juan de que se sentara á su lado.

—¿No sabe usted que he llorado su muerte?

—¿Mi muerte? ¿Tanta prisa tiene usted de que me muera?

—Anunciaron la del comandante Guibert. Usted estaba en Timmimoun. ¿Podía yo adivinar la suerte que usted había sufrido?

—¿De veras estos hermosos ojos han llorado por mí?

—Toda una noche.

—Brillan tanto, que deben quemar sus lágrimas.

—Es que sienten la dicha de verle á usted.

Y atrevidamente fijaba en él sus miradas ardientes y lánguidas. En seguida restablecióse entre los dos la atmósfera de complicidad en la que tanto se complacían antes. Viendo que Juan no lleva guantes, se quitó los suyos y entrelazó sus dedos llenos de sortijas con los de su antiguo amigo.

—Cómo le gustan á usted las piedras preciosas, dijo él contemplando aquellas manos blancas de afilados dedos terminados en uñas color de rosa.

—Sí, contestó ella. Creo llevar en miniatura todos los tesoros del mundo.

Él sonrióse, escéptico.

—El mundo es bien grande, señora, para que quepa en su mano.

—Mire usted, Juan, el verde de esta esmeralda.

—Prefiero el de los prados.

—El vivo azul de este zafiro.

—No llega al azul del cielo.

—¿Y estos rubíes?

—Me gusta más el rojo de la sangre.

—¿Y estas perlas?

—Prefiero las lágrimas.

—Pues puede usted estar contento, porque las he derramado por usted.

—¿Sus aguas eran parecidas á las de este diamante que lleva usted en el cuello?

—¿Verdad que es espléndido? Sus destellos no tienen igual.

—Prefiero los de sus ojos.

Entusiasmados con aquella esgrima romántica, sonrieron como dos maestros de armas que se saludan con la espada. La joven respiraba ávidamente la vida. El corte del vestido marcaba un cuerpo irrepro-

chable sosteniendo noblemente un rostro de facciones hermosas y altivas coronadas por una cabellera de ébano. Juan sólo tenía que inclinarse para coger aquella flor humana, aquella orquídea viviente. ¿Por qué no se inclinaba á cogerla? ¿No se daba cuenta del valor de tanta belleza y juventud exaltadas por el amor? Si no se hubiese dado cuenta de ello, no tendría su rostro aquella expresión de ardiente melancolía que sólo experimenta quien ha visto la muerte de cerca.

—¿Cuánto tiempo he estado esperándole!, exclamó ella con voz cambiada en donde se ocultaba el deseo.

—¿De veras me esperaba?

Isabel contestó enigmáticamente:

—Y aún le espero.

La orquesta empezaba el segundo acto. La señora de Marthenay entró en el palco, acompañada por el Sr. Lavernay, á quien el Sr. Landeau cedía el sitio. Este último, para no oír aquella música demasiado seria, tan distinta de la opereta, y poder comprobar tranquilamente en la sala de lectura sus operaciones de Bolsa, mandaba á su mujer un segundo adorador para que se dedicara á vigilar al primero. Por su insensibilidad, de la cual, como tantos maridos, no quería atribuirse la causa, Isabel excitaba sus deseos y tranquilizaba sus pensamientos. Ella había sabido dominar á su marido, fuerte y sanguíneo, que gruñía de vez en cuando para echárselas de valiente como gruñen las fieras ante el domador. Landeau satisfacía todos sus caprichos, todos sus deseos, parte por vanidad, parte por la pasión ciega que por ella sentía. Odiaba á sus *firlis* como nos molesta el ruido desagradable de campanillas demasiado fuertes en el cuello de un caballo de lujo, no dándole más importancia que á este adorno inútil.

El drama antiguo se iba desarrollando con lentitud. Juan no atendía á aquella música, propia para almas tranquilas y puras. Ante sus ojos, Isabel se presentaba de perfil; empezando por la línea altiva de su nariz aguileña, fué bajando á sus labios rojos, hermosos labios de esclava. ¿No acababa de decir: «Y aún le espero?» Entonces, ¿qué estaba esperan-

do? ¿Es que era insensible á las innumerables seducciones de la vida, encerradas en aquella mujer tan hermosa, como esos pequeños frascos orientales que contienen en cada gota la esencia de millares de rosas? ¿El sol de Africa había helado su sangre en vez de infiltrarle fuego? Libre y joven, ¿en qué podía emplear mejor su juventud y su libertad?

Irguió la cabeza, y después del rostro, sus ojos recorrieron aquellos cabellos admirables, aquel cuello, y al fin cerró los ojos un instante y en un momento de pasión juró realizar el ardiente deseo que le dominaba.

En aquel momento de abandono percibió los acordes de una emoción profunda y contenida, encerrando, en medio de la agitación del dolor que exteriorizaban, una especie de grave serenidad. Sus nervios, altamente excitados, se estremecieron, y su sensibilidad, multiplicada por la espera del placer, acogió la divina música como una flor sedienta recibe el rocío.

Sobre la escena, Orestes y Píldes disputaban el placer de morir uno por el otro. Estaban en las negras orillas del Taurida. El bárbaro ídolo exige el sacrificio de uno de ellos. La sacerdotisa, la infortunada Ifigenia, ha designado á Píldes, y Orestes reclama para él el suplicio. Disputa eternamente patética, en donde la amistad, ebria de generosidad, rebasa los transportes del amor.

Juan trató de resistir al efecto inoportuno de aquellos acentos contrarios á la turbación de sus sentidos. Pero su voluntad enervada pronto cedió. Amaba demasiado la vida en todas sus manifestaciones de belleza para no comprender y admirar un arte tan perfecto, cuya pura inspiración arrancaba de los corazones los torpes deseos, los odios y las frivolidades como de un jardín se arrancan las malas hierbas para que crezca y se desarrolle una flor infinitamente más bella: el placer sacrosanto del amor y de la abnegación.

Ya no se dedicaba al culto exclusivo de una mujer. Un deseo vehemente de vivir muchas existencias á la vez se había apoderado de él. Corría de la voluptuosidad al heroísmo, y volvía á la voluptuosidad

Al bajar la escalera de honor se apoyó lánguidamente en el brazo de su acompañante

— Carlos VÁZQUEZ —

para empezar de nuevo. Empezó á remontar apresuradamente, con fuerza violenta, el curso de sus pasados días. Evocó la amistad hacia Marcelo y la expedición á través del desierto, en donde conoció, en medio de la soledad y del peligro, del éxito y de los esfuerzos, toda la exaltación de la vida al apreciar el valor y la voluntad de su amigo. Del hermano, su pensamiento pasó á la hermana. Desde el principio de la noche iba huyendo del recuerdo de Paula. Hacía un momento no se acordaba para nada de ella. ¿A qué había venido su recuerdo, y por qué aquella música casta favorecía su evocación inoportuna? Y trató de apartar su imagen, sin delicadeza, aunque no sin pena.

«¿No es tan guapa como ésta?» pensaba.

Contempló de nuevo á Isabel, y sin darse cuenta del injusto atrevimiento de aquella comparación, confesó con secreta alegría:

«Ella tiene más hermosos cabellos. Sus negras ondas deben llegarle hasta las rodillas.»

Isabel se volvió hacia él sonriente.

«Ella tiene los ojos más hermosos,» siguió pensando.

Y recordó sus ojos sombríos, por los que pasaban rápidos destellos. Y aquellos ojos le miraban con reproche, y él interpretó claramente lo que querían decirle. «¿Por qué me tratas sin respeto alguno? — murmuraba aquella Paula lejana y enojada. — ¿He tratado de conquistarte, como esa, con mi coquetería? ¿Alguna vez me he presentado ante tu presencia sin modestia ni dignidad? Si no me amas, déjame en paz en mi soledad tranquila, no rebajes mi pura juventud convirtiéndola en imagen de tus placeres. ¡Y si me amas!, ¿por qué no encuentras en tu amor energía bastante para escapar de quien tal vez consiga torcer el curso regular de tu vida? Ven á mí libre y altivo. Que no pueda descubrir en tu frente ni en tus ojos nada que envilezca. Yo no sé si soy hermosa, pero sé que te amo con un cariño que esa otra mujer no es capaz de sentir...»

Ya no pertenecía al número de los jóvenes que marchan por la vida con anteojeras. Éstos no ven los grandes campos que se extienden á lo largo del estrecho camino de sus pasiones, sembrados por el esfuerzo laborioso y continuo de los hombres. Después de haber mirado tan sólo hacia su deseo inmediato, abrazaba con su mirada toda su existencia, y de sus orígenes y tradiciones trazaba las líneas reveladoras del porvenir. Considerado de aquel modo, el amor tomaba un nuevo aspecto. A los ligeros encantos de la voluptuosidad añadía el placer de una comunidad de pensamientos, y la fuerza íntima nacida de la paz del corazón y la tranquilidad del hogar. A los transportes pasajeros y violentos substituía la dicha larga y tranquila y el sentimiento de la raza.

Desde su regreso á Saboya, hacía tres semanas, Juan había ido con mucha frecuencia al Maupas. No iba tan sólo para consolar á dos pobres mujeres afligidas. Paula le atraía de un modo invencible por su altivez, sus sentimientos graves y profundos, por su juventud, cuyos hermosos impulsos comprimidos adivinaba. A cada visita se convencía más y más de que aquella muchacha reservada y seria tenía un alma vigorosa, capaz de saborear la dicha con entusiasmos, de igual modo que había gustado el dolor sin desfallecer. Con la delicada presunción de los enamorados que se esfuerzan en buscar el origen de su amor en tiempos muy lejanos á fin de darle el mérito de la antigüedad, unía la seducción presente con antiguos y casi olvidados recuerdos de la época en que jugaba con una niña siempre risueña. Olvidando su propio olvido, suponía una antigua inclinación que se remontaba á los años de su primera infancia. Con la clara visión del instinto sentía que su energía futura y la conclusión normal de su vida, destinada á perpetuarse, se encontraba allí y sólo allí. Y por esto amaba á Paula como se ama á los treinta años, con confianza y ternura. Su encantadora imagen llenaba su corazón de una nueva paz.

La pasión de Isabel Orlandi se había atravesado en su camino. Más que á su marido, la joven había sido fiel á su amigo Juan y acechaba su regreso. Al volverle á ver, fascinada aún más por su figura seria y reflexiva que por el buen humor y despreocupación de antes, se prometió no esperar por más tiempo, y para conquistarle desplegó su belleza cual bandera al viento.

Y en aquel palco había triunfado durante unos momentos de turbación, sin haberse dado cuenta de ello. Durante la representación de aquel acto había desconfiado de sus encantos al notar que el capitán titubeaba al responder á sus frases poco veladas. Cuando bajaron el telón, sólo se preocupó de reanudar la conversación interrumpida.

Dominada por la inquietud, se volvió y preguntó á Juan:

—¿En qué piensa usted? He notado que no prestaba usted atención á la música.

Juan sonrióse y contestó francamente:

—Pensaba en dos mujeres encantadoras.

—Sobra una.

Con su mirada penetrante trató de leer dentro de aquella frente impenetrable. El Sr. de Lavernay le espiaba, mientras barajaba sus conocimientos clásicos hablando con la señora de Marthenay. Impaciente y ávida de asegurarse la dicha, Isabel se levantó.

—Aquí se ahogan. ¿Quiere usted, capitán, acompañarme al *hall*?

Al pasar miró de arriba á abajo á su chichisbeo derrotado y salió del brazo de Juan. En el corredor, y al bajar la escalera de honor, se apoyó lánguidamente y abandonándose con todo el peso de su cuerpo sobre el brazo de su acompañante. Él se callaba, tratando de recobrar su voluntad; Isabel le preguntó con una timidez que acababa de florecer en ella como flor inesperada:

—¿Ya no soy guapa? Dígame usted la verdad, Juan.

—Mire usted á su alrededor y lo sabrá usted.

En efecto, su pareja despertaba la curiosidad de la muchedumbre elegante que llenaba el *hall* por completo. Y las mujeres galantes que se cruzaban con ella le arrancaban de una ojeada el vestido para apreciar el corte y el precio y poder evaluar además aquel admirable cuerpo.

Con el abanico golpeó ligeramente los dedos de su acompañante.

—¿Se lo pregunto á usted, á usted! Sólo su opinión me interesa.

Alentado por el recuerdo de Paula se resistía, si bien sintiendo, no sin emoción, el brazo de la tentadora apoyarse en el suyo. El rostro de Isabel, que coloraba la sangre que aflujía á su cabeza, tenía una expresión de desaliento.

—¿Recuerda usted el bosque de la Chêne-àie?

—Sí, dijo pensando que allí se orientó el destino de Marcelo Guibert.

—Quisiera pasearme por allí con usted. Cuando era soltera ¿tenía más encantos que ahora? Confíesele, sea usted franco.

—Ahora es usted más guapa, pero ya no es la misma.

La miró fijamente. ¿Por qué resistir al llamamiento del placer rodeado de tanta belleza?

—Isabel!, exclamó dulcemente.

Ella le miró radiante y con su mano sedosa apretó la de su compañero.

—¡Juan!

Por un instante gustaron el encanto embriagador de la juventud. El timbre anunciaba el comienzo del acto. Con el peso de su dicha subieron lentamente y callados la escalera. En lo alto de ella se pararon para tomar aliento. Desde la balaustrada dominaban una confusa muchedumbre, á la cual no veían. Ella en medio de su triunfo confesó modestamente:

—¿No sabe usted una cosa? ¿No sabe usted que he sufrido mucho? Creí lo que me habían dicho.

Vagamente inquieto, y con el corazón atormentado, preguntó:

—¿Y qué le habían dicho?

—Que usted amaba á Paula Guibert.

Dejó caer el brazo que se apoyaba en el suyo y preguntó con voz alterada:

—¿Quién se lo dijo?

—¡Ah!, exclamó ella, pálida, sin poder hablar, como si contemplase su felicidad, á sus pies, hecha mil pedazos.

La magia de un solo nombre había bastado para romperla. Y había sido ella misma quien por una insensata aberración había pronunciado aquel nombre. Bastaba ver el rostro de Juan para comprender lo irremediable de su derrota, y agravó el desastre por la rabia de caer de un sueño tan alto.

—Esa chiquilla orgullosa ha sabido hechizarle con sus aires de princesa. Debía haberlo sospechado. Estoy segura de que trabaja el asunto desde hace tiempo. Como toda solterona, anda rabiosa por pescar marido. Vaya, vaya usted á ella; ya sabrá usted lo que es bueno.

Vuelto á sus verdaderos sentimientos por la misma tentadora, la contempló con melancolía á causa de su seducción, con piedad á causa de su corazón apasionado. Y con voz cariñosa respondió á sus insultos:

—Isabel, perdóneme. En otros tiempos sólo de usted dependió que compartiéramos la vida. Aún ha podido usted ver, esta misma noche, mi debilidad y su poder. No es digno de usted hablar de este modo. En nombre de nuestros pasados amores, sea usted generosa.

Con la despreocupación de los enamorados pedía generosidad, declarando que ya no la amaba.

Sin embargo, ella no protestó. La palpación de su pecho revelaba su emoción. Llevando aún en su

rostro la belleza de la victoria, rehusaba la lucha, aceptaba el desastre y se entregaba. No estaba preparada para la derrota. Desde tiempo atrás había confiado en las alegrías del triunfo. Su *flirt* de soltera se había convertido en amor sensual y profundo, pronto á las excitaciones y desesperaciones rápidas, más que á las habilidades de la estrategia sentimental.

Quedáronse solos en la galería. Toda la gente había entrado en la sala para ver á la sacerdotisa Ifigenia vestida de rojo, disponiéndose temblando al sangriento sacrificio. Isabel contemplaba el *hall*, que una vez vacío parecía haber aumentado desmesuradamente sus dimensiones. Llevó las manos á la garganta cual si se ahogara y alzó, por fin, sus ojos hacia Juan, que miraba tristemente á aquella hermosa criatura presa de la emoción. Nada bajo ni nada vil le agitaba, porque su dolor nacía de lo más hondo de su ser.

—Juan, murmuró con voz débil que apenas se oía, tiene usted mucha razón. Ninguna mujer es más digna de su amor. Usted será muy feliz y yo muy desgraciada...

Y no pudo continuar, pero inclinándose cogió una mano de Juan y puso en ella sus labios. Él notó que una lágrima le mojaba la piel, y al alzar ella la cara, vió su rostro lloroso. Algo calmada, sonrió débilmente y dijo:

—¿Son perlas, Juan?

—Sus lágrimas valen mucho más que todas las perlas del mundo.

Y cogiéndola entre sus brazos, la besó. Aquellas imprudentes caricias de despedida les hacían flaquear. ¿Cuántas otras parejas se enlazaron para siempre gracias á parecidos instantes de ternura y turbación? En amor todo es peligroso; la carne es muy débil y la voluntad muy flaca... El ruido de una puerta al abrirse les salvó. Marcharon hacia el palco.

—Por miedo he destrozado mi vida, dijo Isabel mientras la acomodadora se acercaba con la llave.

Durante el resto de la velada, en un olvido extraño de sus riquezas, sintió lástima de ella misma; y tomando odio á las alhajas y trajes, las hubiese cambiado por el amor rodeado de su pobreza dorada. Durante el resto de la velada, su vencedor, más humillado y débil que un vencido, se embriagó con el espectáculo de aquella belleza que jamás sería suya. Antes de apagarse su deseo seguía quemándole. Antes de marchar con paso firme por el camino recto de la vida, volvía la cabeza, no sin melancolía, hacia la voluptuosidad.

A la salida, ayudó á Isabel á ponerse el abrigo de seda blanca que cubría sus desnudos hombros. Sólo entonces se alegró de haber conservado el dominio de su voluntad, y pudo pensar libremente en la virgen pura y altiva que llenaba por completo su corazón de hombre valeroso y débil al mismo tiempo.

La señora de Marthenay apenas dirigió la palabra á Juan Berlier durante toda la noche. Éste la creía preocupada á causa de su marido, que según públicos rumores perdía en el Círculo y en la Villa de las Flores sumas importantes, y se presentaba además por todas partes con una *demi-mondaine* muy vistosa, de las muchas que llenaban Aix-les-Bains. Pero Alicia no pensaba en nada de esto, sufría su triste vida sin rebelarse, con el alma sumisa y resignada á cualquier acontecimiento. ¿Qué le importaba la fortuna y la fidelidad de un esposo indigno? No esperaba ninguna clase de alegría. Su naturaleza muy sensible no se consolaba con los placeres mundanos del abandono de su hogar y de la soledad de su corazón. Su chiquilla era lo único que la retenía contra la desesperación. La educaba con ternura excesiva, sin darse cuenta de que la desarmaba para las futuras luchas.

Durante aquella velada la presencia de Juan Berlier le recordaba con dolor agudo la escena del bosque de la Chêne-àie, cuando no había tenido fuerza suficiente para apoderarse de la felicidad á cambio de una fácil lucha ó con la promesa de una larga espera. Quería interrogar á Juan acerca de la muerte del comandante Guibert. Pero la pregunta no salió de sus labios. Preguntar por Marcelo, ¿no era ya hacer traición á sus deberes? Y sus escrúpulos añadieron á su secreta viudez una nueva pena.

Y por esto ignoró siempre que Marcelo llevaba sobre él al morir la imagen de una niña rubia, de ojos azules, que había hecho nacer en su pecho un orgulloso desprecio hacia la muerte.

VII

EL SECRETO DE PAULA

Juan hizo subir al Sr. Loigny á una victoria que había encargado á la ciudad. El anciano tío de Juan

llevaba su levita de los días de etiqueta, corbata de seda que daba varias vueltas á su cuello según la antigua moda, guantes gris-perla y un bastón con mango de plata.

—Todos estos arreos me molestan, dijo á su sobrino.

Echaba de menos su traje de jardinero. Y cual si partiese para un largo viaje, hizo innumerables recomendaciones acerca de sus rosales.

Juan le tranquilizó.

—Por Dios, tío, no se olvide usted de la misión que lleva.

—¡Pues no faltaba más!, exclamó el vejete. Aun cuando mis rosales más hermosos tuviesen que marchitarse durante mi ausencia, te aseguro que cumpliré mi misión á las mil maravillas.

El Sr. Loigny iba al Maupas á pedir la mano de Paula para su sobrino. Cuando el coche desapareció al dar la vuelta á la carretera, Juan, impaciente y nervioso, en vez de quedarse en la villa de los Rosales, siguió lentamente el mismo camino. De este modo encontraría más pronto á su embajador cuando regresase, y tal vez tendría tiempo de llegar, antes que fuese de noche, al Maupas y hablar con la que ya sería su prometida. Miró el sol que empezaba á inclinarse poco á poco hacia el monte Lepine.

«Los días de julio son muy largos,» se dijo para dar más fuerza á su proyecto.

Después de la velada de Aix había estudiado los sentimientos de su corazón. Amaba á Paula por su valor y altivez, y también por el misterioso é inexplicable atractivo que ejercen sobre nosotros las facciones, el color de los ojos, los cabellos, la cintura, todas las gracias de la mujer en donde vemos de antemano la tranquilidad y dicha de nuestro porvenir ó su funesto y delicioso tormento. Sentía dentro de sí la aprobación de todo un pasado, de toda una raza de cuyas tradiciones y esfuerzos sería dichoso continuador. Aquella joven formal de mirada centelleante infiltraba en su alma una vehemente ternura; y sobre todo le animaba á conformarse con el ideal verdadero de la vida humana, que no consiste en buscar en nosotros mismos su propio fin, sino en eslabonarse entre las generaciones precedentes y las siguientes con desinterés y eficacia. ¿Dónde encontrar compañera más noble, más valiente, más segura y más prudente? Había crecido como una planta cuyas raíces toman fuerza en un suelo fecundo. Su familia era garantía de su virtud. Sólo le faltaba, para conseguir su completo desarrollo, un poco de sol. ¿El amor no le daría calor y luz? ¿Qué alegría verla florecer, y ser en parte la causa de ello, restituir á aquella juventud, después de tantas pruebas sufridas, el gusto hacia el tiempo que pasa y el deseo de suspender su carrera!

Ella le amaría, tal vez ya le amaba. A pesar de la seriedad y pudor que adornaban todos sus gestos, ¿no había creído sorprender entre sus sentimientos secretos algunos ligeros indicios de amor: rubor en las mejillas, parpadeo algo nervioso y sobre todo su mirada tan pura, tan leal, tan firme, que descansaba sobre él con una dulzura involuntaria? Y profundizando en sus recuerdos, ¿no le parecía ahora que no dejaba de tener su persona alguna relación con la antipatía que Paula había demostrado siempre á Isabel Orlandi? ¡Isabel Orlandi! No la había vuelto á ver, y no la vería nunca más; sentía hacia ella un temor supersticioso, y apartaba sus pensamientos de aquella imagen demasiado hermosa que le humillaba cruelmente recordándole su propia debilidad. Si Paula Guibert le amaba, sentíase con fuerzas para llevar sobre sus hombros el mundo entero. ¿No es indicio del amor verdadero esta exaltación que se apodera de nuestras facultades y esta confianza grande en nosotros mismos y en nuestro porvenir?

Otros proyectos habían acompañado la inclinación de su corazón. El amor no aísla el matrimonio de la existencia material y social, y por lo mismo, por las dificultades y obstáculos que encuentra, se ve obligado á mirar la vida, cuya salvaguardia es, de un modo

muy distinto de como lo mira la pasión que trata de olvidarla ó destruirla. Los Guibert no tenían fortuna alguna y su herencia se reducía á muy poca cosa. Claro que el dejar la carrera militar sería para él motivo de tristeza. Sentía cariño por su profesión, compuesta de abnegación, honor y la férrea disciplina que se impone á la voluntad. La brillante carrera que llevaba le autorizaba á confiar en el porvenir. Sin

Con el egoísmo propio de los enamorados, Juan se olvidó de un solo ser al preparar su porvenir. O mejor dicho, proyectaba inconscientemente privar á aquella criatura de su único apoyo y de la dulzura de sus días sin alegrías. En el heroísmo de la señora Guibert descubría nuevas razones para confiar en Paula, digna hija de tal madre, y no veía que iba á pedir á la pobre anciana el mayor de los sacrificios, que iba á pedir á Niobe su último hijo que desesperada estrecha entre sus brazos, el único que le han dejado los dioses...



Y cogiéndola entre sus brazos la besó

embargo, no sentía esa vocación irresistible que impulsa á los jóvenes por un camino determinado, fuera del cual sólo encuentran un continuo malestar; la vocación de Marcelo, por ejemplo. Así es que escuchaba los consejos que con anticipación le iba dando la situación material de su nuevo hogar.

Sin gran trabajo había ido elaborando su nuevo plan de vida. Durante sus viajes al Maupas hablaban á menudo de los negocios de Esteban y Francisco en Tonkín. En todas sus cartas éstos daban cuenta de la prosperidad de sus empresas, y se quejaban de no poderlas dar más extensión por falta de otro socio cuyo concurso se había hecho indispensable. En vano, según decían, habían acudido á sus antiguos compañeros de escuela y carrera; éstos preferían á la independencia las funciones serviles y á los riesgos la medianía. Y á medida que más escuchaba á su corazón, Juan pensaba más decidido: «Si pido el retiro, iré, iremos al Tonkín.» La misión del colonizador le atraía por la energía y actividad que necesita. Siempre había sentido gran cariño hacia la tierra; todos sus antepasados le inclinaban hacia el suelo fecundo, del cual se nutre la humanidad. Si allá lejos sentía la nostalgia de Francia y del ejército, ¿no podría sacar nuevas energías del amor de la nueva Francia que contribuiría á crear, y de la alegría varonil de conquistar paciente y cotidianamente su suelo, paso á paso roturado y fertilizado? ¿No sacaría nuevas fuerzas del cariño de su esposa? Ésta—estaba seguro de ello—no sentiría expatriarse y compartir con él una vida de luchas y aventuras. La sangre del doctor Guibert, indiferente al peligro; la sangre de su madre, que una fe invencible sostenía en medio de tantas pruebas, corría, roja y pura, por las venas de la joven que amaba.

tamente. Me lo figuraba. Y como es natural, usted no sabrá cómo se llama. ¡En Francia no hay quien conozca los nombres de las flores!

La señora Guibert excusó su ignorancia con una sonrisa y el intrépido naturalista siguió diciendo:

—Se enseña la música á las jóvenes para que atormenten á fuerza de sonatas, primero á sus padres y después á sus maridos; pero no se cuidan de enseñarles la botánica. Y la botánica, señora, es el traje con que se viste la tierra, la gracia florida de nuestras casas y la paz del espíritu humano. En ella encuentro una hermosa filosofía. Para remediar esta falta de instrucción estoy redactando una nomenclatura de todos los nombres de las rosas. Es preciso saberse limitar; la naturaleza es demasiado vasta para nosotros. Sin embargo, esos nombres son en su mayoría de una vulgaridad horrorosa.

—¿De veras?, dijo la pobre anciana sin saber lo que decía, preocupada por otras cosas y sin ánimo de halagar á aquel maniaco.

—Horrorosa, sí, señora, lo repito, horrorosa. Los más bonitos son nombres de mujeres. No evocan ni el arte complicado y encantador de los jardines, ni la diversidad del reino vegetal con sus innumerables formas y colores, ni los matices de nuestros sentimientos, á los que hubiera sido de buen gusto dirigir amables alusiones. Son nombres inanimados como los de la geografía y la química.

—Yo no entiendo de estas cosas, confesó la señora Guibert. Sin embargo, me gustan mucho las flores.

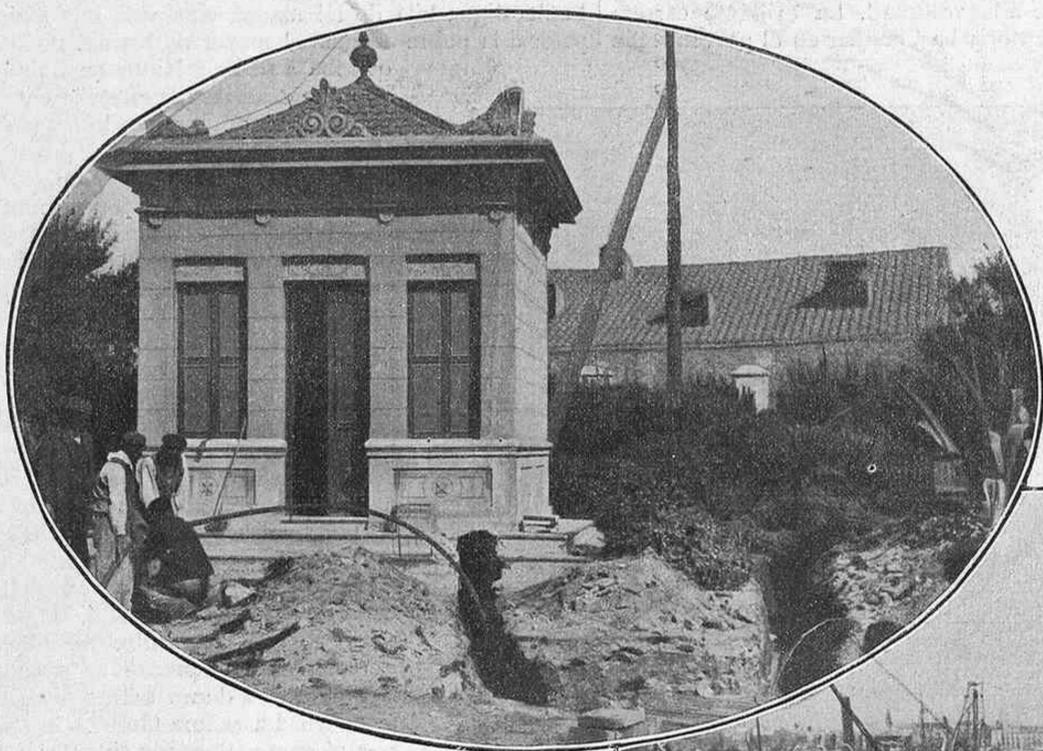
El entusiasta vejete no cesaba de hablar: —No tenemos inventiva, señora. Y además no nos entusiasmos ni conmovemos ante los incesantes milagros de la naturaleza.

(Se continuará.)

EL CABLE DE BARCELONA A PALMA DE MALLORCA

La importancia cada día creciente de las islas Baleares y la conveniencia de atender á las relaciones cada vez mayores entre aquel archipiélago y la penín-

mejora, y la Cámara de Comercio de aquella capital ha abierto una subscripción para solemnizar la inauguración del cable con un banquete al cual serán invitados todos los que han intervenido en tan importante empresa, acto que es de esperar se verá muy concurrido por originarle una mejora de gran importancia.



BARCELONA.—Caseta de amarre del cable de Palma de Mallorca en la sección marítima del Parque, en el punto conocido por playa de Somorrostro. Los ingenieros arreglando el extremo del cable para introducirlo en la caseta.

sula, hacían sentir, desde hace tiempo, la necesidad de establecer una comunicación telegráfica directa.

Convencido de esa necesidad, el gobierno sustató el tendido del cable, operación que fué adjudicada á una casa inglesa que se dedica especialmente á esa clase de trabajos.

Como puntos de amarre, señalóse desde luego en la península la playa de Somorrostro, en nuestra ciudad; respecto de Palma de Mallorca, una comisión mixta de telegrafistas españoles y de ingenieros ingleses decidieron que el cable fuese amarrado en la cala de Porto-Pi, en donde había sido ya designado el sitio á propósito. Pero la comisión militar, que anteriormente había dictaminado que el punto de amarre fuese la Cala Mayor, insistió en su dictamen, que al fin fué definitivamente aceptado.

Inmediatamente comenzaron los trabajos preparatorios, y el día 13 llegó al puerto de Barcelona el vapor cablero *Cambria*, de la casa inglesa concesionaria, procediendo á la operación del tendido del cable, que se ha efectuado rápidamente y con toda felicidad.

La población de Palma ha visto con gran satisfacción la implantación de esa

excitación de la circulación y del sistema nervioso. A pequeñas dosis, el te es un buen estimulante para la inteligencia, y son muchos los literatos que para escribir necesitan algunas tazas de la infusión aromática.

Desde el punto de vista de la energía muscular, es también una bebida perfecta, aunque no tanto como el café.

Tomado á dosis excesivas ó demasiado frecuentes, provoca trastornos nerviosos, insomnio, temblores, sin contar los desórdenes de la digestión que, por repercusión, determinan trastornos generales aún más acentuados.

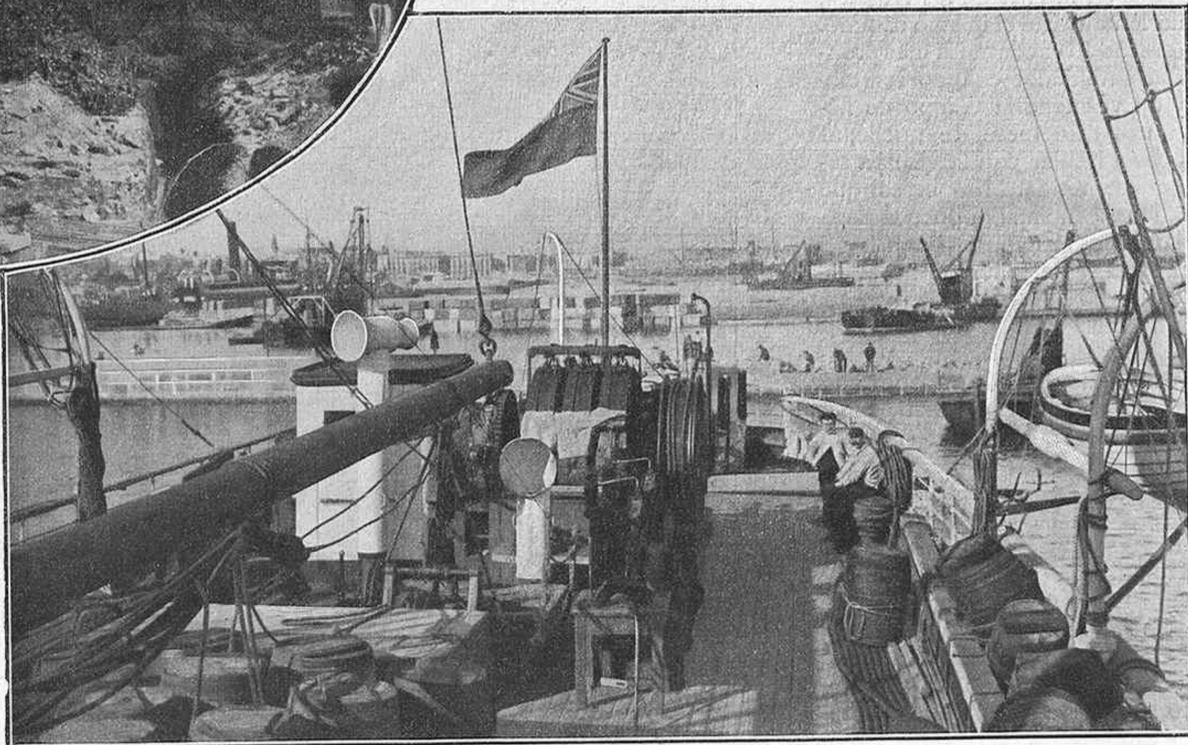
Las diversas clases de te no son comparables entre sí bajo este concepto, y aunque á primera vista parece que las que contienen mayores proporciones de tanino son las que producen los accidentes más rápidos, en realidad no es así. El te de Ceylán y el de la India contienen, en general, más tanino que el de China, y sin embargo, no son más nocivos que éste con tal se tome á dosis moderadas.

Se ha atribuido la acción fisiológica del te á la teína y á la teobromina; pero en opinión del profesor inglés Lander Brunton, que ha estudiado la influencia que en la salud ejerce el abuso de esa bebida, hay otros alcaloides, no conocidos todavía, cuya acción es aún más energética que la de aquéllos. El te verde no contiene mayores proporciones de alcaloides que el negro, puesto que ambos proceden de la misma planta, el *thea Chinensis* ó *Camelia thea*; la única diferencia aparente es su coloración. Aunque originarios del mismo arbusto y sin más diferencia que la secadura, los efectos del te verde sobre el sistema nervioso son mucho más acentuados, lo cual parece demostrar que no es la proporción mayor ó menor de tanino la que influye en los trastornos de la economía.—C.

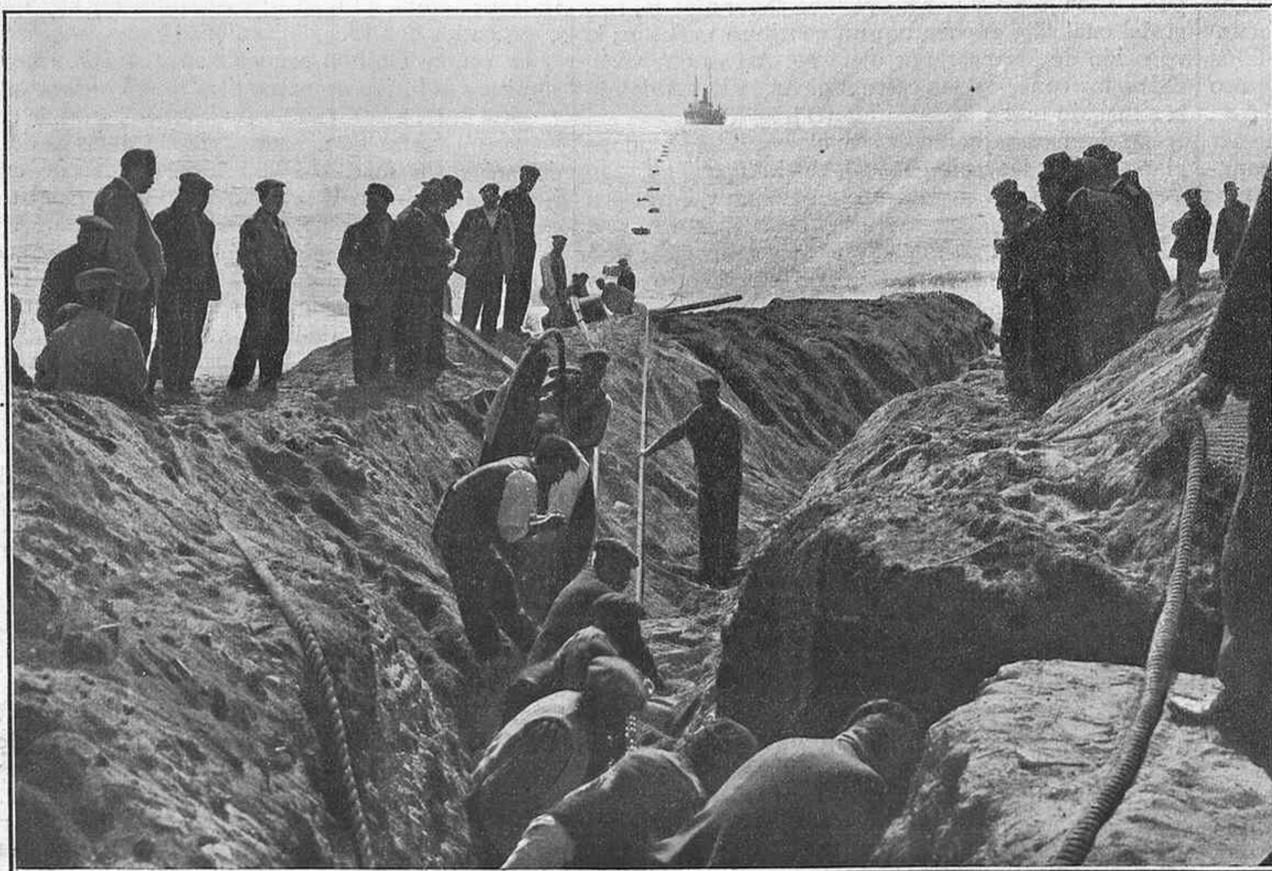
EL ABUSO DEL TE

El consumo del te ha llegado á ser casi universal y aun en los países productores de vino constituye una bebida secundaria de importancia, siendo en la actualidad el acompañamiento obligado de las recepciones y habiendo en muchas partes substituido como desayuno al tradicional café con leche ó al chocolate.

El uso del te, como de toda bebida estimulante, en dosis moderadas es excelente; pero el abuso es tan nocivo, en su género, como la ingestión de bebidas alcohólicas. El te contiene alcaloides energicos, tales como la teína y la teobromina, y aceites esenciales cuyos efectos se dejan sentir en el organismo en muy pequeñas dosis; contiene además, según las variedades, proporciones mayores ó menores de ácido saponico. Un individuo que nunca haya tomado te siente, como con el café, una



El vapor *Cambria*, que ha tendido el cable entre Barcelona y Palma de Mallorca. Vista de la popa del buque, en donde están las máquinas y aparatos para efectuar la operación. (De fotografías de F. Ballell.)



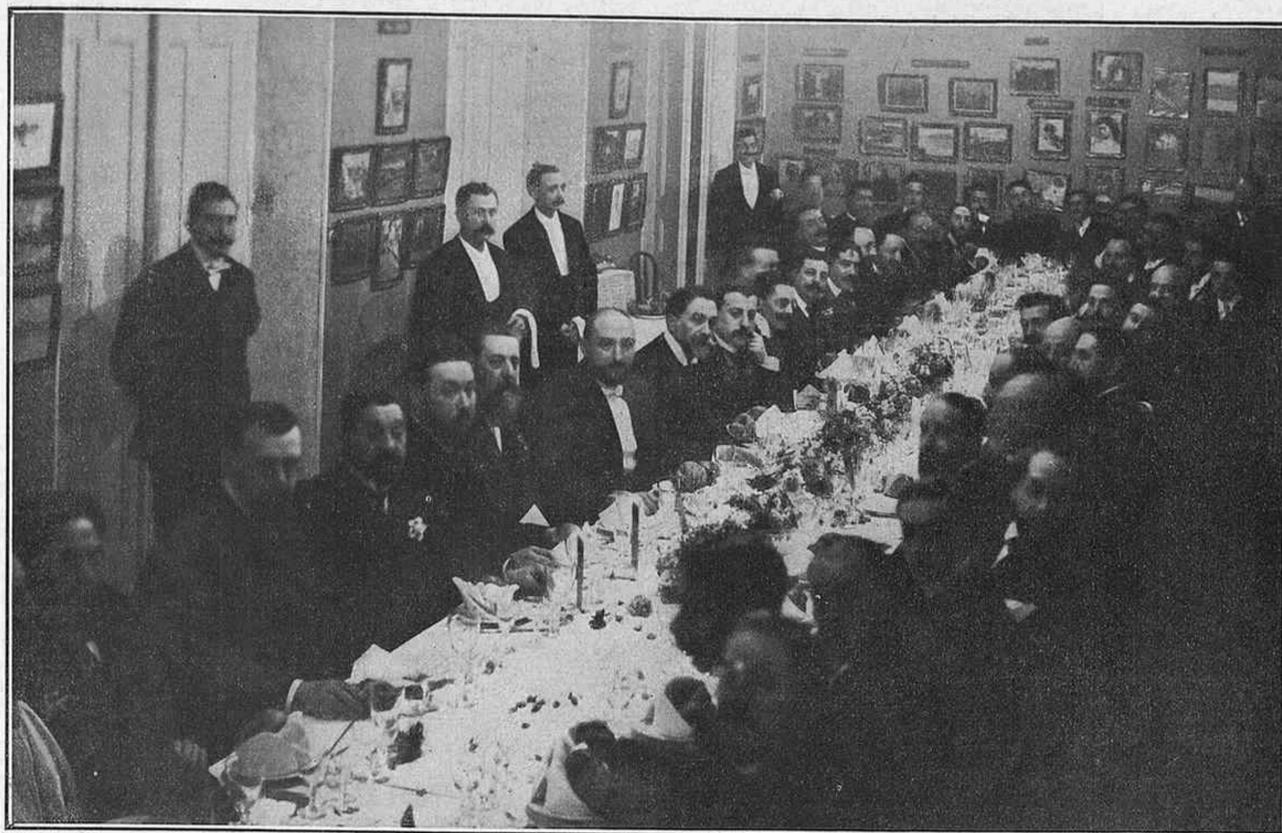
Operación de echar el cable á tierra para conducirlo por una zanja hasta la caseta de amarre. (De fotografía de F. Ballell.)

BANQUETE

A QUEROL

Los artistas barceloneses, deseosos de demostrar su admiración y su afecto a su compañero el celebrado escultor catalán Agustín Querol, han aprovechado su reciente estancia en esta ciudad para obsequiarle con un banquete que se celebró en la noche del 17 de los corrientes en el salón de exposiciones del Círculo Artístico, y al que asistieron unos 150 comensales.

Ocupó la presidencia el Sr. Querol, quien tenía a su derecha al gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo y al presidente del Círculo Sr. Trias, y a su izquierda al teniente de alcalde Sr. Bastardas.



BARCELONA. — BANQUETE CELEBRADO EN EL CÍRCULO ARTÍSTICO EN LA NOCHE DEL 17 DE LOS CORRIENTES EN HONOR DEL NOTABLE ESCULTOR D. AGUSTÍN QUEROL. (De fotografía de A. Merletti.)

Llegada la hora de los brindis, dedicaron entusiastas elogios a Querol y a su obra el señor Fernández, secretario de los Ateneos Obreros de Cataluña; el Sr. Bastardas, en nombre de la comisión ejecutiva del monumento a Federico Soler; el diputado a Cortes Sr. Rahola, y los Sres. Cusachs, Trias y gobernador civil. A todos dió las gracias el obsequiado en sentidas frases.

Los concurrentes al banquete hicieron votos por el triunfo del Sr. Querol en el concurso abierto en Buenos Aires para un monumento del general Mitre, concurso al que el eximio escultor ha presentado varios proyectos de grandiosidad y belleza sorprendentes.

HIGIENE de las SEÑORAS

DILUIDO EN AGUA EL

CRYSTOL

Es el remedio soberano de las afecciones uterinas de todo género. Cura en breve las *flores blancas*, las *metritis* y en general todas las *dolencias de las vías uterinas*. Su uso diario no ofrece peligro para los tejidos a los que asegura frescura, tonicidad y firmeza incomparables. Su delicado perfume lo hace agradable para el tocador íntimo de las damas.

PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas las Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA



CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Dentición
JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ANEMIA CLOPISIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

ROB

BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal
cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

HISPANO-AMERICANO

DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA

La obra se reparte por cuadernos de CUATRO REALES, los cuales constan de SEIS PLIEGOS DE 8 PÁGINAS DE TEXTO CADA UNO. Siempre que al cuaderno de reparto se acompaña una lámina suelta impresa en colores, mapa ó cromó, se considerará cada una como un pliego de texto.

También se admiten suscripciones por tomos pagando á plazos mensuales.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de: *Clorosis*, *Anemia profunda*, *Malaria*, *Menstruaciones dolorosas*, *Calenturas*.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LES TOURS DE FORCE SUR L'ÉCHIQUIER, por *Alain C. White*. - Un tomo de 224 páginas que contiene numerosos é interesantes problemas de ajedrez, originales de los más célebres ajedrecistas y que son verdaderos *tours de force*. Impreso en París en la imprenta de Numa Preti.

WHISTLER Y RODIN, por *Max Henri-quez Ureña*. - Conferencia pronunciada en la noche del 22 de abril de 1906 en la Academia de dibujo y pintura «El Salvador» de la Habana. Es un estudio interesante sobre los famosos artistas el pintor americano Whistler y el escultor francés Rodin. Un folleto de 20 páginas, impreso en la Habana en la imprenta de Esteban Fernández.

DIVAGANT, por *Pericle Pieri*, traducido al catalán por *José Burgas*. - Monólogo representado por primera vez en catalán en el teatro Romea en 17 de febrero último y recitado por D. Joaquín Vinyas. Editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, 50 céntimos.

ALBUM MUSICAL. - Un folleto de 40 páginas, publicado en Barcelona por la empresa de exposición, venta y anuncios «Salón Craywinckel». Contiene cinco piezas musicales y multitud de anuncios y datos interesantes.

ECOS DEL HUDSON. (IMPRESIONES DE UN CRONISTA), por *Homero Serís*. - Un cuaderno de 28 páginas con grabados, editado en la Habana por la casa C. Martínez y C.ª; es el primero de un libro que constará de 180 á 200 páginas.

HOJAS DISPERSAS, por *Luis E. Chacón de Lorca*. - Colección de poesías de diversos géneros, delicadamente sentidas y rimadas con facilidad. Un tomo de 78 páginas, con algunas ilustraciones de José R. Carotini, impreso en Santiago de Chile en la imprenta Franco-chilena.

PASARSE DE LISTO. - JUANITA LA LARGA, por *D. Juan Valera*. - La empresa que con tanto éxito publica en Madrid la colección de obras completas del eminente escritor D. Juan Valera, ha puesto á la venta esas dos novelas, que forman los tomos 8.º y 9.º de la serie. Tratándose de obras tan conocidas y justamente alabadas, es ocioso elogiarlas. Impresos en Madrid en la Imprenta Alemana, vendense á tres pesetas cada tomo.



Monumento a Mozart, recientemente inaugurado en Dresde, obra de Armando Hasacus. (De fotografía de E. Frankl.)

EMBALSAMAMIENTO HUMANO. PROCEDIMIENTO DARDER. CONSERVACIÓN TEMPORAL Y PERPETUA DE CADÁVERES. - Folleto de 30 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta «L'Avenç».

TARDES DE ESTÍO, por *Victor Arreguine*. - Colección de inspiradas poesías reunidas en un tomo de 152 páginas, con un prólogo de Antonio Lambertini, impreso en Buenos Aires.

SUEÑOS FANTÁSTICOS (HISTORIETAS FILOSÓFICAS), por *J. S. (Fray Buscón)*. - Un tomo de 62 páginas, impreso en Palma de Mallorca en la tipo-litografía de Amengual y Muntaner.

EPISTOLARIO DE EMILIO ZOLA. PRIMERA PARTE. Versión castellana de *Rafael Ruiz López*. - Un tomo de 288 páginas, editado en Barcelona por la casa Maucci. Precio, 2 pesetas.

ALMANAQUE BASTINOS. 1907. - Un tomo de 80 páginas que contiene, además de los anuncios de las principales obras editadas por la antigua y conocida casa barcelonesa de Antonio J. Bastinos, varios artículos literarios ilustrados.

GUÍA JUDICIAL DE CATALUÑA. - Un tomo de más de 400 páginas que contiene las listas de abogados, procuradores y escribanos de Barcelona, datos sobre las audiencias, juzgados, cuerpo consular, noturios, peritos, jurisdicciones especiales, demarcaciones de los juzgados, etc. Impreso en Barcelona, en la tipografía de la Vda. de J. Cunill.

BREVES NOTAS HISTÓRICAS SOBRE LA ADMINISTRACIÓN DEL SEÑOR LICENCIADO D. MANUEL ESTRADA CABRERA, por *Juan P. F. Padilla*. - Folleto de 32 páginas, impreso en Guatemala en la imprenta de Sánchez y de Guise.

VIDA CONTEMPORÁNEA. CUADROS DE POLÍTICA INTERNACIONAL DE SUD-AMÉRICA, por *Belisario García*. - Un tomo de 95 páginas en que se estudian competentemente importantes cuestiones de gran interés para las Repúblicas sudamericanas. Impreso en la Imprenta Moderna de Santiago de Chile.

COR D'ÁNGEL, por *Ramón Suriñach Baell*. - Comedia en dos actos estrenada con buen éxito en el teatro Romea. Editada en Barcelona por F. Baguñá.

HUMANOS, por *Emmanuel Ribeiro*. - Colección de poesías portuguesas. Un tomo de 52 páginas, impreso en Porto en la Nova Tipografía Popular.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á
LAS SEÑORAS

EL ANIOL 35 RES
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARÍS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES
3^a St-Denis, 16

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN